

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIV

Nº2

FEBRERO 2011



**NUESTRA PORTADA:**

***RETABLOS DE LA CATEDRAL DE OURENSE***

Retablo del Pilar y Santiago. Siglo XVIII. Madera policromada. Anónimo.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIV

Febrero 2011

Nº 2

## SUMARIO

### IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos ..... 141

Vicaría de Pastoral

Delegación de Liturgia. Conceptos y símbolos del Año Litúrgico. Cuaresma..... 142

Seminario Mayor e Instituto Teológico “Divino Maestro”

Fiesta de Santo Tomás de Aquino. Homilía del Prof. D. José Iglesias Iglesias ..... 153

### IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Nombramiento de Mons. D. Atilano Rodríguez y Mons. D. Cecilio Raúl Berzosa como obispos de Sigüenza-Guadalajara y Ciudad Rodrigo respectivamente..... 163

Congreso “La Sagrada Escritura en la Iglesia” ..... 165

Nota de prensa sobre la Campaña de la Renta: *El número de declaraciones a favor de la Iglesia Católica vuelve a aumentar en 2010*..... 169

Nota de prensa ante la crisis: *La CEE entrega a Cáritas 4 millones de euros*..... 170

Jornada: Día de Hispanoamérica. Domingo 6 de marzo de 2010. *Jóvenes misioneros para un continente joven*... 171

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Ángelus ..... 177

Audiencias generales ..... 181

Discursos..... 197

Homilías ..... 211

Mensajes ..... 220

### CRÓNICA DIOCESANA

Febrero..... 227



IGLESIA DIOCESANA

---

---



## SECRETARÍA GENERAL

### **NOMBRAMIENTOS**

Con fecha 1 de febrero de 2011, el Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quintero Fiuza, ha tenido a bien realizar el siguiente nombramiento: P. Esteban García Sastre, S.D.B., Vicario parroquial de Santiago de Allariz.

**VICARÍA DE PASTORAL****DELEGACIÓN DE LITURGIA****Conceptos y símbolos del Año Litúrgico. Cuaresma.  
El Decálogo o las Tablas de la Ley.**

El Señor propuso a Israel los diez mandamientos en el Sinaí iniciando con estas palabras: “Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud” (*Ex* 20, 1-2) y a continuación fue enumerando paso a paso cada mandamiento (*Ex* 3, 17). ¿Son un don o una carga los mandamientos? Hoy nadie recibe mandamientos de buena gana, sí libertades. Pero si reflexionamos, nos damos cuenta de que los mandamientos, escritos en las dos tablas (*Ex* 24, 12; 31, 18) son realmente un don. Estos mandamientos nos dicen algo muy sencillo: si los observamos seremos amigos de Dios; es más, seremos su “propiedad personal” (*Ex* 19, 5). Si los observamos viviremos en amistad perpetua con Dios. Estos diez mandamientos pueden resumirse en dos. Es lo que ha hecho Jesús: “Amarás al Señor tu Dios” y “amarás al prójimo como a ti mismo” (*Mt* 22, 36-40). Esto lo podemos comprender todos; lo podemos querer todos y todos podemos esforzarnos por ponerlo en práctica. La Cuaresma nos invita a ponerlo en práctica y vencer así las tentaciones del enemigo. Cumplir los mandamientos es el camino para heredar la vida eterna y vivir en permanente conversión a Dios y de espaldas al pecado. Quien cumple la voluntad

de Dios vive ya la condición de los bienaventurados.

Bibliografía. *CCE* nn 1456; 1697; 1724; 1957-1964; 2033; 2056.

*La zarza que arde sin consumirse.*

Una zarza que arde sin consumirse. Es un signo que Dios mismo nos ha dado. Tuvo lugar en el “Horeb, la montaña de Dios” (*Ex* 3, 2). Moisés pretendía acercarse a contemplar aquel espectáculo y averiguar por qué no se consumía la zarza. Pero Dios le ordena que se descalce, “pues el sitio que pisas es terreno sagrado” (*Ex* 3, 5). Y Dios añadió: “Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob” (*Ex* 3, 6). Dios ha elegido un pueblo de la estirpe de Abrahán e Isaac. Moisés debía guiar a este pueblo de la esclavitud a la libertad. Junto a la zarza ardiente, Dios se manifiesta como el Dios de su pueblo. Y Dios descubre a Moisés su propio nombre. Un nombre sorprendente: <<“Yo soy el que soy”>> (*Ex* 3, 14). Moisés hablará así a los israelitas: <<“Yo soy” me envía a vosotros>> (*Ibid*). Esto trasciende además lo que los ojos ven. Dios no observa y atiende a su pueblo de lejos. Él es el que está y actúa en medio de

su pueblo; es quien le acompaña en su historia hasta el final. Es el Dios, presente en su vida y siempre dispuesto a salvarle. Este Dios es el de los cristianos y la Cuaresma nos lo recuerda. El camino cuaresmal hemos de recorrerlo en Iglesia, peregrinando hacia la casa del Padre, pero con la certeza de que nuestro Dios hace historia de salvación con nosotros.

### *El Dios creador.*

Un círculo del que brota una mano. Es un signo conocido. Significa: Dios que es perfecto y feliz en sí mismo, llama a la vida a las criaturas: el universo conocido, las constelaciones de estrellas, el sol, la tierra y sobre la tierra montes y mares, campos y ríos, plantas y animales y nosotros los hombres. Todo lo que contemplamos es apenas un destello suyo (Cf *Eccló.* 42-43). “Eres digno, Señor, Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo; porque por tu voluntad lo que no existía fue creado” (*Apc* 4, 11). “Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura y yéndolos mirando con sola su figura prendados los dejó de su hermosura”. (S. Juan de la Cruz). La Cuaresma contempla la creación esclavizada por el pecado, pero deseosa de redención y liberación, por la pasión y resurrección de Cristo y el don del Espíritu Santo. (Cf *Rm* 8, 18-23). Durante el tiempo cuaresmal hemos de contemplar la creación entera y sobre todo a nuestros hermanos, hombres y

mujeres, esclavizados por el pecado, pero reclamando aún sin darse cuenta, su liberación, su vida nueva, su libertad verdadera. Sólo el Creador y Padre, por la pasión de Cristo y la acción del Espíritu Santo, puede hacer nuevas, creadas todas las cosas y al hombre.

### *El arco iris.*

El arco iris es el signo de la alianza y amistad de Dios con los hombres sobre la tierra. Hemos leído en la Biblia la historia de Noé (*Gn* 6, 9-9, 28), cómo fue salvado de las aguas del diluvio en la barca (*Gn* 8, 1-22). Terminado el diluvio Dios hizo un pacto de alianza con Noé (*Ex* 9, 1-16). El signo de este pacto de amistad es el arco iris (*Gn* 9, 12-16). Cada vez que lo vemos en el cielo, sabemos que no habrá otro diluvio y, sobre todo, que Dios es nuestro amigo. Teniendo en cuenta su fidelidad con los hombres, debemos pensar que Dios no rompe nunca su amistad. Somos nosotros, los hombres, los que muchas veces la traicionamos. El diluvio también es visto por la tradición litúrgica antigua como un signo evocador del Bautismo cristiano. En Cuaresma aparece también esta imagen como anticipo del Bautismo. Las aguas del diluvio fueron salvadoras para quienes estaban en el arca y destructoras para los demás. Al igual, las aguas del Bautismo salvan y destruyen al hombre viejo con su pecado. El arco iris es símbolo de que el diluvio ha sido abolido por el Bautismo, inmersión en las aguas destructoras del hombre viejo

y salvadoras (fecundantes) de nuevas criaturas en Dios.

### *El Padre.*

La Cuaresma nos invita a revivir el itinerario que conduce a los sacramentos de la Iniciación cristiana. En este camino catecumenal y catequético, se entregaba al candidato la oración más significativa del cristiano: el Padre-nuestro. Jesús, en el Evangelio, nos ha dicho: “Vosotros orad así: < Padre nuestro...> (Mt 6, 9). De esta oración, los primeros cristianos han hecho preciosos comentarios destinados a entenderla y orarla con su verdadero sentido. Los catecúmenos debían “devolverla” delante de la comunidad al Obispo y sacerdotes, mostrando que conocían sus contenidos y que la utilizaban para orar. <Padre> es el nombre más bello. Podemos llamar así a Dios, porque Jesús es nuestro hermano. Él dice: “Voy al Padre mío y al Padre vuestro”. El Padre nos da la vida, nos ama, se preocupa de nosotros. Pero no hemos de olvidar que, si Dios es nuestro Padre, somos todos hermanos. Todos los hombres tienen entre sí una unión de sangre. La conclusión es que debemos amarnos los unos a los otros. Entre las obras de penitencia que la Cuaresma nos recuerda, ésta es una de las principales: amar a todos, perdonar y crear fraternidad. Sólo se puede ser verdaderos hermanos siendo muy conscientes y creyendo que nos abraza y protege el mismo Padre.

Hay además un sacramento por el que retornamos, perdida por el pecado nuestra condición de hijos, a la casa del Padre. Es el sacramento de la Reconciliación, expresión culminante de la conversión y restitución de la imagen de hijo. La Cuaresma nos descubre de modo especial el corazón misericordioso del Padre, en el que encontramos nuestro descanso (Cf CCE 1439).

### *La Pascua.*

La Cuaresma es un camino que arranca del miércoles de ceniza y termina a las puertas de la Pascua. La pascua es la meta de este camino y la culminación de lo vivido y celebrado en la Cuaresma. Cuaresma y Pascua son como la cruz y cara de una misma moneda: el misterio de la pasión, muerte y sepultura de Jesús, que se corona con la resurrección y glorificación del Señor. La pascua judía celebraba la salida de Israel de la esclavitud de Egipto, por la misericordia del Dios Yahveh y la entrada en la tierra, donada por Dios a su pueblo.

Los judíos celebraban la Pascua para recordar su liberación (*Ex* 12, 1-20) y la Pascua de los cristianos es la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo (*I Cor* 5, 7-8), que se anticipó, de forma sacramental, en la última Cena (*Mt* 26, 17-29) y se celebra en la Eucaristía, sacramento del sacrificio pascual de Cristo.

Una vez al año los cristianos celebramos la Pascua en la primera luna

llena de primavera. La celebramos en domingo, el día originario de la celebración de la resurrección. Pero esta Pascua se extiende durante una cincuentena de días, cerrándose con Pentecostés, el día cincuenta de la Pascua, celebración de la donación del Espíritu Santo. Los cincuenta días de Pascua se celebran como “un único día de fiesta” y se caracterizan por el “aleluya”, el “Gloria” en la misa, el color blanco en las vestiduras litúrgicas, el mayor adorno en las iglesias y la mayor abundancia de cantos. Así como en la Cuaresma celebramos más la vertiente de pasión y muerte de Cristo y de la vida cristiana, en Pascua celebramos más la resurrección y glorificación del Señor y la meta dichosa del cristiano, más allá de la muerte. La Pascua cristiana como misterio de muerte y resurrección resplandece en todas las celebraciones de la Iglesia, en los diversos sacramentos, sacramentales y en todos los actos de fe de la Iglesia y del cristiano. El misterio de la Pascua de Cristo sintetiza y concentra todo el misterio de Cristo, que es el centro de toda celebración litúrgica. Toda la vida cristiana se colorea de este misterio, que comporta el “paso” de la muerte a la vida, del pecado a la gracia, de la esclavitud a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la desesperanza a la esperanza, de la muerte a la resurrección. Por eso, la Pascua está implicada en la Cuaresma; ésta es camino obligado, aquélla es meta esperada. Sin la Pascua, la cuaresma se reduciría a un camino sólo ascético y penitencial, la Pascua lo ilumina y en momentos con-

cretos le comunica un anticipo, una pregustación anticipada (la Eucaristía, la transfiguración, el domingo letare, el color rosaceo de las vestiduras, la resurrección de Lázaro).

Bibliografía. *DPPL* nn 138-156; 124-137; J. Castellano, *El año litúrgico*. O.c. 153-201; J. M. Bernal, *Iniciación al año litúrgico*. O.c. 45-57; J. López Martín, O.c.175-190; S. León Magno, *Sermón 6 sobre la Cuaresma* 1, 2: PL 54, 285-287 y en LH. II. *Tiempo de Cuaresma, santo Triduo pascual, tiempo pascual* (Coeditores litúrgicos 1980) (=LH.II.) 51-53; S. Juan Crisóstomo, *Catequesis* 3, 24-27: SC 50, 165-167 y en LH.II.137-138; Orígenes, *De las homilias sobre el libro del Levítico. Homilía 9*, 5.10: PG 12, 515.523 y en LH. II. 244-246;

#### *La cruz.*

La Cuaresma nos recuerda frecuentemente el camino de Cristo desde Galilea a Jerusalén, donde padecerá, morirá y resucitará. Es más, Cristo anuncia reiteradamente su muerte mientras sube a Jerusalén (Cf. *Lc* 9, 21-22; 9, 44-45; 18, 31-34). Esta muerte tiene lugar en la cruz. Se traza con dos líneas, una vertical y la otra horizontal. Dos trozos de madera que se cruzan. Es la señal (el signo) del cristiano. Un palo apunta al cielo, el otro a los dos lados de la tierra. El cielo y la tierra se unen por medio de este signo. Dios y el hombre (en Jesús) quedan unidos, de nuevo unidos. En Jesús, Dios y el

hombre son una realidad única. Desde el comienzo debía ser así. Pero el hombre podía romper esta “alianza” y así lo ha hecho. Con su desobediencia en el origen (*Gn 3, 1-19*) y sus pecados personales ha roto la amistad con Dios. Jesús con su obediencia hasta la muerte de Cruz ha restablecido esta unión. “Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre que es derramada por vosotros” (*Lc 22, 20*). La comunión ahora ya no se puede romper, pues la nueva alianza es eterna por parte de Dios. Por eso, cantamos que la cruz es nuestra esperanza, nuestra vida y salvación. Y durante la Cuaresma hemos de mirarla con frecuencia, contemplarla, descubrir en ella “al que traspasaron” y recorrer con frecuencia el “camino de la Cruz”. De este modo la Cruz nos llevará a la Luz: “Per crucem ad lucem”.

### *El agua bautismal.*

La Cuaresma recurre frecuentemente al símbolo del agua, tanto en el AT como en el NT, para llevarnos al misterio de nuestro nacimiento por el agua y el Espíritu Santo. La sagrada Escritura nos recuerda el agua del diluvio, el agua del mar Rojo, el agua del Jordán y el agua de Mará endulzada por un madero (*Ex 15, 25*). Pero, para el cristiano, el agua santa y santificadora es la de la fuente bautismal. Allí murió nuestro hombre viejo y allí nacimos a la vida de Dios. La fuente bautismal es el seno en el que hemos sido concebidos y nacimos a la gracia

de Dios. Allí hemos sido sepultados con Cristo en su muerte, para resucitar a la vida nueva de la gracia. Nuestra vida debe ser un constante camino de fidelidad al Bautismo. Allí renunciamos a Satanás y a sus obras, para vivir en fidelidad a los mandamientos de Dios. Por eso, es muy importante para los bautizados recordar y revivir constantemente su Bautismo. Lo hacemos de modo especial en la Vigilia pascual, en las misas del domingo y en solemnidades significativas, como el Bautismo del Señor. Siempre que celebramos el recuerdo de nuestro Bautismo y somos rociados por el sacerdote con el agua bendita, celebramos un sacramental que, por voluntad de la Iglesia, comunica gracia a quienes lo reciben con fe y devoción. Además, entrando en la iglesia nos lo recuerda la pileta con agua bendecida. Al meter la mano en el agua la llevamos a la frente y hacemos con ella una señal de la cruz, con las mismas palabras con las que hemos sido bautizados: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”. También este gesto realizado con fe nos comunica gracia y hace revivir en nosotros los efectos del Bautismo. La Cuaresma como un tiempo bautismal, nos ayuda a revivir de muchos modos nuestro propio Bautismo y mantener la fidelidad a las promesas hechas allí. Vale la pena valorar los pequeños signos que, por voluntad de la Iglesia, comunican gracia y nos mantienen en el esfuerzo por vivir en fidelidad a la gracia bautismal.

*El desierto.*

La Cuaresma nos recuerda el desierto como lugar de la prueba, del combate y de la victoria, pero también como lugar donde se puede sucumbir a la tentación (*Gn* 3, 1-8; *Mt* 4, 1-11). Desierto y cuarentena van unidos en Moisés, el pueblo de Israel, Elías, Jesús, Pablo, etc. En el desierto, contempla Israel los dones de Dios (el maná, las codornices, el agua de la roca, que sus vestidos permanecieron sin gastarse durante tantos años, etc). Pero en el desierto la vida también es más dura, viene el cansancio, el recuerdo de las cosas buenas de Egipto. En el desierto, acude la tentación de la desconfianza, el olvido de Dios y la vuelta a los ídolos (el becerro de oro). El desierto es el lugar de la conversión, de la toma de decisiones determinantes, el lugar del compromiso y la fidelidad profesada a Dios (ratificación de la alianza con Dios, compromiso de guardar la Ley, etc.).

Por eso, el desierto más que un lugar geográfico es un lugar “teológico”. Es el lugar donde probamos nuestra fidelidad a Dios, el lugar de la gracia para responder, el lugar de la tentación a dar la espalda a Dios, el lugar de las grandes opciones, de la vida austera y fuerte, adecuada para madurar y decidir bien. En el desierto hay silencio, todo invita a la reflexión y oración, se valoran más las cosas pequeñas, se vive sin lujos y en austeridad. En el desierto, es más fácil escuchar a Dios, agradecer la vida y dar menos importancia a las riquezas. En el

desierto, se impone el “ayuno” de lo superfluo, se duerme menos, cuesta menos el sacrificio y la renuncia. El desierto es el lugar propicio para enderezar el rumbo de la vida, para una verdadera conversión. Pero, es también el lugar donde la tentación debe ser vencida con fuerte lucha. La cuaresma, tomada como “desierto”, puede ayudarnos mucho a encontrar: el sentido de una vida austera, desprendida de los lujos, abierta a Dios, atenta a la oración y vigilante ante las tentaciones del maligno. Nos ayudará a probar nuestras fuerzas, tensar la voluntad, reconocer nuestras deficiencias y pecados, ser más dóciles a la voluntad de Dios, estando más atentos a los hombres.

*La Alianza.*

Es uno de los grandes temas que están presentes en la historia de la salvación, que Dios fue realizando con su pueblo Israel y que ha culminado en la “nueva y eterna alianza”, en la sangre de Cristo. Dios hace un pacto de alianza con Noé (*Gn* 9, 1-17), con Abrahán (*Gn* 15, 1-20) y sobre todo con Moisés, en el monte Sinaí (*Ex* 19, 3-6; 20, 22-26; 24, 1-8). Dios pide al Pueblo que guarde sus preceptos, lo acepte como único Dios e Israel será su pueblo en propiedad. En el Sinaí, Moisés ratifica la alianza con Dios rociando al pueblo con la sangre de las víctimas sacrificadas. Es un pacto tan serio, que se rubrica con sangre. Dios se compromete a ayudar en todo a Israel e Israel se compromete a obedecerle como a su único Dios.

Pero a la fidelidad inquebrantable de Dios, sigue, en muchos momentos, la infidelidad de Israel, es descrita por los profetas como idolatría, infidelidad y prostitución (Cf. *Jr* 11, 1-17). Rota así la alianza por los hombres, Dios quedaba libre de su compromiso con el pueblo. Con todo, les sigue queriendo, está dispuesto a perdonarles si se arrepienten y les promete una alianza nueva, escrita no en tablas de piedra sino en el corazón (*Jr* 16, 14-15; *Jr* 3, 14-25; *Jr*. 23, 1-8; *Ez* 37, 1-14; 28, 25-26; 34, 11-31; *Jr* 31, 31-34). Es Jesucristo quien llevó a cabo esta alianza nueva y eterna en su sangre (*Mt* 26, 28; *Mc* 14, 25; 22, 20). La comunión y amistad con Dios quedó restablecida para siempre. Por parte de Dios, ya nunca se romperá. Por parte de los hombres, se rompe muchas veces. En la Eucaristía, Cristo sigue ofreciendo la nueva y eterna alianza con el sacrificio de su vida. Basta que el hombre se arrepienta de su pecado, se reconcilie y vuelva a restablecer la alianza en la Eucaristía. Cada cristiano entra así en la alianza con Dios. La Cuaresma prepara desde siempre el camino y los medios para llevar a cabo esta Alianza. Lo hace mediante la conversión, el reconocimiento de los pecados, la Reconciliación en el sacramento de su nombre y sobre todo en el sacrificio de la nueva y eterna Alianza en la sangre de Cristo: la Eucaristía.

Bibliografía. S. Ireneo, *Del tratado contra las herejías, Libro 4, 16, 1-5: SC* 100, 564-572;

### *La oración.*

La Cuaresma es un tiempo particularmente apto para la práctica de la oración. Oración eclesial y oración “en lo secreto” (*Mt* 6, 6). La oración eclesial se concreta en la oración litúrgica de la comunidad. Ésta celebra los misterios del Señor y en Cuaresma pone en el centro el misterio de su pasión y muerte, que desemboca en la resurrección. Es un tiempo particularmente indicado para escuchar más asiduamente la Palabra de Dios, para participar con frecuencia en el sacrificio de Cristo en la cruz (Eucaristía), para celebrar el perdón y la misericordia de Dios (sacramento de la Reconciliación) y recordar la gracia y compromisos del Bautismo. Además la oración de la Liturgia de las Horas, rima las distintas horas del día y de la noche con la alabanza al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo y en la Iglesia (Cf. *SC* 84). Es una oración en la que Cristo, el Esposo, se une a su Esposa, la Iglesia, para dar gracias al Padre por la obra de la creación y la redención de los hombres. Es preguatación de la alabanza que los bienaventurados rinden al Padre y al Cordero. Es el himno que Cristo introdujo en la tierra con palabras humanas, himno que perpetuamente se canta en las moradas celestes (Cf. *SC* 83).

En todos estos actos litúrgicos, la oración de Cristo Sacerdote se une a la de la Iglesia, en orden a glorificar al Padre y aportar gracia abundante a los hombres. Es una oración objetiva,

en la que se asocia Cristo a toda la Iglesia, para alabanza de Dios y santificación de los hombres. Es importante destacar que esta oración no debemos hacerla para que nos vean los hombres (Cf. *Mt* 6, 5).

Pero el evangelio habla además de una oración “en lo secreto” (*Mt* 6, 6). Es la oración hecha en un lugar privado, donde no nos ven y hecha al Padre “que ve en lo secreto” (Ibid.). Es oración personal, hecha desde lo íntimo del corazón, en todas las formas posibles por un miembro del cuerpo eclesial. Por tanto siendo oración individual, no es una oración individualista. El Padre es quien recompensará esta oración. De este modo, tal oración estará libre de vanidad y respetos humanos. Será plenamente diáfana al Padre.

San Mateo en su evangelio, nos recomienda también orar con pocas palabras. No son necesarias muchas palabras, porque el “Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis” (*Mt* 6, 8). Y les enseña a orar con el Padre-nuestro (Cf *Mt* 6, 9-13).

#### *El ayuno.*

En la Cuaresma, es clásica ya una de las prácticas penitenciales como es el ayuno. En el evangelio se recomienda que el ayuno sea sobre todo interior, que no lo vean los demás. No se trata de que los demás nos alaben por ello. Al contrario, el ayuno no lo deben notar los hombres, sino el Padre, “que está

en lo escondido”. Él nos dará la recompensa (Cf *Mt* 6, 16-18). El ayuno al principio se refería sólo a la privación de la comida. En los primeros siglos se hacían largos y frecuentes ayunos. Los monjes y personas piadosas los siguieron practicando muchos días al año y durante siglos. Hoy ha quedado reducido al miércoles de Ceniza y Viernes Santo y el Sábado Santo puede observarse, para las personas obligadas según la edad. La ley del ayuno obliga a todos los mayores de edad, hasta los cincuenta y nueve años cumplidos. (Cf. *Cn* 1252). Para la Iglesia universal, todos los viernes del año y el tiempo de Cuaresma son días y tiempos penitenciales. Debe fomentarse la penitencia no sólo individual e interna, sino también la externa y social (Cf. *Cn* 1250). Entre las prácticas penitenciales, la Iglesia recomienda también la abstinencia, que obliga a los que han cumplido los catorce años (*Cn* 1252). Pero los pastores de almas y los padres han de formar en un auténtico espíritu de penitencia, incluso a quienes por razón de la edad no están obligados ni al ayuno ni a la abstinencia (*Cn* 1252). En este sentido, las Conferencias Episcopales pueden adaptar las normas y sustituir las prácticas habituales por otras formas de penitencia, sobre todo por obras de caridad y prácticas de piedad (Cf. *Cn* 1253).

Pero ya los santos Padres decían que se puede ayunar no ayunando y no ayunar ayunando. Con ello, querían llamar la atención sobre las actitudes

a mantener por la persona que ayuna. Si se ayuna de alimentos, pero no se ayuna de rencor, envidia, calumnia, murmuración, etc., ayunando de alimentos no se ayuna de verdad. Y una persona que en un momento, no ayuna de alimentos, pero no critica, no calumnia, no guarda rencor, no tiene envidia, ama de verdad al prójimo, etc., aún no ayunando de comida, ayuna de verdad.

Por tanto, lo mejor es privarnos con discreción de los alimentos y acompañar esta penitencia con el perdón, la fraternidad, el amor, la ayuda fraterna. Además hemos de interpretar hoy el ayuno en un sentido más amplio: ayunar de la TV, de muchos gustos superfluos, de los lujos, de la pereza, de la pérdida de tiempo, etc. Y será bueno que, el valor de aquello de lo que nos privamos lo demos a los pobres. El ayuno debería concretarse en una cultura de solidaridad y fraternidad con los más pobres (Cf. *CCE* 1434).

### *La limosna.*

La limosna es una práctica destacada por el AT (Cf. *Tob* 12, 8; *1 Cro* 29, 14; *Ml* 3, 10) y el evangelio (Cf. *Mc* 12, 42, 44; *Lc* 6, 38) para reparar los pecados y vivir una auténtica conversión. Pero la limosna debe hacerse discretamente, no como la hacían algunos en el mundo judío. Éstos buscaban la honra de parte de la gente. El cristiano debe hacer limosna sin saber la mano izquierda lo que hace la derecha; es de-

cir con toda discreción. Así será secreta y el Padre “que ve en lo secreto, te recompensará” (*Mt* 6, 4). La Cuaresma nos invita a la práctica de la limosna, pero con el espíritu de aquella viuda que echó en el cepillo del templo, no de lo que le sobraba, sino “todo lo que tenía para vivir” (*Lc* 21, 4).

La verdadera limosna supone dar, no lo que nos sobra, sino algo de lo que necesitamos para vivir. Dar de lo que sobra, no supone ningún sacrificio. Cuando damos de lo que necesitamos, damos algo de nuestra vida, algo que nos vendría bien a nosotros, pero compartimos la vida con los que están más necesitados que nosotros. Y, en muchos casos de necesidad, ya no basta la limosna, se impone una cultura del compartir fraternalmente. Mientras alguien pasa hambre o no tiene lo indispensable para vivir, un cristiano debe saber compartir incluso de lo necesario para él. Cuando se actúa así, Cristo considera lo hecho al hermano como hecho a Él (Cf. *Mt* 25, 31-41). “Porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y mediste de beber...” En el juicio final, dirá a los que han actuado así: “Venid vosotros, benditos de mi Padre...” (*Mt* 25, 34).

Los Padres de la Iglesia dicen que la limosna da alas a la oración para que llegue más pronto al cielo.

El tiempo de Cuaresma es particularmente adecuado para escuchar con más interés y durante más tiempo la

Palabra de Dios. De la escucha humilde y dócil de la Palabra de Dios, brotará más espontánea la oración (Cf *CCE* 2653-2654). Cuaresma es también un tiempo, en que la Iglesia llama a los fieles con más insistencia a reunirse para la escucha de la Palabra y para la oración comunitaria. La mayor abundancia de lecturas bíblicas, orientadas a suscitar la conversión, el dolor de los pecados, el aprecio por la obra de la redención de Cristo, la misericordia del Padre y la acción santificadora del Espíritu Santo, mediante los sacramentos, ayuda a los fieles a orar con más constancia.

#### *La ceniza.*

Es uno de los signos más significativos de la penitencia. Cuando un pecador deseaba hacer penitencia ya en el AT, se vestía de saco, extendía ceniza por la cabeza o se sentaba en ella en señal de arrepentimiento (*Jon* 3, 6; *Job* 2, 13; *IMc* 3, 47). Junto a la ceniza se utilizaba también el vestirse de saco y cilicio. La Cuaresma cristiana comienza con la imposición de la ceniza bendecida el miércoles, marcado por este signo. Con ella, los cristianos manifiestan su deseo de conversión y de entrada en la Cuaresma, tiempo de conversión y penitencia que prepara la Pascua. La ceniza la impone el Obispo y los sacerdotes sobre la frente de los fieles con un signo de cruz. Mientras hace el signo dice una de las dos fórmulas: “Conviértete y creed en el evangelio” o bien “Acuérdate que eres polvo y en polvo te has de convertir”.

La primera está más en la línea de la llamada evangélica a la penitencia. La segunda, tomada de la liturgia anterior al Concilio Vaticano II, se apoya más en la significación propia de la ceniza. Ésta es el residuo que queda después de quemar algo (en este caso los laureles benditos el domingo de Ramos u otra madera). Es la realidad residual que, si se le sopla, vuela como el polvo. Por eso, la Iglesia partiendo de aquí, recuerda al cristiano que es polvo, tierra, barro amasado por las manos de Dios y está llamado a convertirse, después de la muerte, en polvo. La señal de la cruz indica que, Jesús con su muerte y resurrección convertirá el polvo en el que nos convertimos por la muerte, en vida nueva en la resurrección. Si éste es el final terreno del hombre, debe esforzarse por vivir dignamente, morir en comunión con Dios y creer que resucitará al final del polvo del sepulcro. Que la Cuaresma nos marque con este signo a su comienzo, es una llamada importante a la conversión y una invitación saludable al realismo de lo que al final será nuestro destino.

#### *El color morado de las vestiduras.*

Los ministros, en la celebración, portan las vestiduras propias de su ministerio. Por eso, cada ministro debe llevar su vestidura y sus elementos propios, que le configura y le distingue de los demás. Y en esto, debe observarse el criterio litúrgico de respeto a la verdad de las cosas. El diácono no puede poner las vestiduras del presbítero ni éste

las del Obispo; el lector o acólito no puede asumir el ministerio del diácono ni tampoco llevar sus vestiduras, engañaría al pueblo de Dios.

Las vestiduras litúrgicas adoptan diversos colores según las etapas y los días del año litúrgico. Su finalidad es “expresar con más eficacia, aún exteriormente, tanto las características de los misterios de la fe que se celebran, como el sentido progresivo de la vida cristiana a lo largo del año litúrgico” (*OGMR* 345). Los colores que se utilizan en la liturgia romana son: blanco, verde, rojo, morado, rosa (domingo cuarto de Cuaresma y de Adviento. Es opcional) y el azul, el día de la Inmaculada en España. Cada color aporta a la celebración un matiz de significación del misterio celebrado.

El color morado del lirio, la violeta y otras flores, indica sencillez, humildad, austeridad, sometimiento, dependencia, etc. El morado es un color utiliza-

do con cierta frecuencia en la Liturgia: en el Adviento, Cuaresma, entierros, funerales e incluso puede utilizarse en misas votivas por los difuntos. El morado es un color de tránsito entre el sufrimiento y la alegría. En el Adviento, indica: moderación, austeridad, penitencia, esfuerzo de conversión, esperanza, vigilancia, oración confiada. En la Cuaresma, significa: esfuerzo de conversión, sacrificio, penitencia, ascesis, apertura a la misericordia de Dios, confesión de los pecados, ayuno, limosna, etc. Tanto en adviento como en cuaresma, es un color que prepara el camino al blanco: alegría, fiesta, luz, vida, triunfo, gloria, pureza, santidad, felicidad, gozo y júbilo.

En las celebraciones de exequias y difuntos, expresa: el dolor de la separación, la súplica confiada al Dios misericordioso, la esperanza en la vida eterna y fe en la resurrección, la unión con Cristo muerto y resucitado.

## SEMINARIO MAYOR E INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”

### Fiesta de Santo Tomás de Aquino

#### Homilía del Prof. D. José Iglesias Iglesias

*Santo Tomás de Aquino, modelo de armonía entre fe y razón*

“El calendario litúrgico recuerda hoy a santo Tomás de Aquino, gran doctor de la Iglesia. Con su carisma de filósofo y de teólogo, ofrece un válido modelo de armonía entre razón y fe, dimensiones del espíritu humano, que se realizan plenamente cuando se encuentran y dialogan”. (1) Así empezaba Benedicto XVI su alocución del Ángelus el 28 de enero de 2007, que ese año coincidía en domingo.

Los Padres de la Iglesia habían elaborado una visión completa de la realidad. La llamaban “nuestra filosofía”, pero “no era un sistema puramente racional y, como tal, distinto de la fe, sino una visión de la realidad, construida a la luz de la fe, pero hecha propia y pensada por la razón. (2).

En el siglo XIII, se reciben, a través de los árabes, y acogen con entusiasmo, a veces acrítico, las obras de Aristóteles, que permanecieron desconocidas durante mucho tiempo. Era una visión completa del mundo desarrollada antes de Cristo, con la pura razón, que parecía imponerse a la razón como “la” auténtica visión de la realidad.

La antigua forma de “nuestra filosofía” de los Padres ya no funcionaba.

Existía una “filosofía” completa y convincente en sí misma, una racionalidad, que precedía a la fe, y luego la “teología”, un pensar con la fe y en la fe. Era preciso volver a pensar la relación entre filosofía y teología, entre fe y razón

**Mostrar la distinción e independencia entre ellas, y, al mismo tiempo, su relación recíproca, fue la misión histórica Santo Tomás.**

Nos lo dice con palabras solemnes León XIII: “distinguiendo muy bien la razón de la fe, como es justo, y asociándolas, sin embargo amigablemente, conservó los derechos de una y otra, proveyó a su dignidad de tal suerte, que la razón elevada a la mayor altura en alas de Tomás, ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe puede casi esperar de la razón más y más poderosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás” (3).

La razón y la fe se valen de procedimientos cognoscitivos diferentes: la razón se remonta desde las criaturas a Dios, acoge la verdad en virtud de su evidencia, mediata o inmediata; la verdad de la fe desciende directamente de Dios al hombre, acepta una verdad

basándose en la autoridad de Dios que se revela. “Pero esta diversidad de método y de origen no quita su unicidad fundamental, porque idéntico es el Autor tanto de la verdad que se manifiesta a través de la creación como de la verdad que se comunica personalmente al hombre a través de su Palabra” (4).

Esta distinción garantiza la autonomía tanto de las ciencias humanas, como de las ciencias teológicas, pero no equivale a separación, sino que implica más bien una colaboración recíproca y beneficiosa. De hecho, la fe protege a la razón de toda tentación de desconfianza en sus propias capacidades y la estimula a abrirse a horizontes cada vez más amplios; y la razón, iluminada y robustecida por la fe se convierte en una compañera fiel de la fe misma.

Santo Tomás subraya el valor sobrenatural de la fe: ésta es un don de Dios, “como “luz infusa por Dios” para el conocimiento de verdades que superan las posibilidades y las exigencias de la pura razón (cf. S. Th. II-II, q. 6, a. 1). Y, sin embargo, no es un acto irracional”, sino que tiene una racionalidad propia, por ser un acto de la inteligencia humana (cf. S. Th. II-II, q. 4, a. 2), que nace de la libre elección humana, que se apoya en la autoridad misma de Dios. “Por eso, la razón humana no queda anulada ni se envilece con el acto de fe, sino que ejerce su suprema grandeza intelectual en la humildad con que reconoce y acepta la infinita grandeza de Dios” (5).

**El tema de las relaciones entre fe y razón**, al que respondió Santo Tomás en el siglo XIII, **sigue siendo un problema actual**, como nos indican los últimos Papas.

“El mayor desafío de nuestra época brota de la vasta y progresiva separación entre la fe y la razón, entre el Evangelio y la cultura,” (6) decía Juan Pablo II.

“Es necesario que la razón y la fe se reencuentren de un modo nuevo”. “La relación entre fe y razón constituye un serio desafío para la cultura actualmente dominante en el mundo occidental” (7), dijo Benedicto XVI.

La racionalidad actual ya no es la autosuficiente y soberbia de la Modernidad y la Ilustración, sino la del pensamiento débil y la postmodernidad, que renuncia a la verdad, se instala en la incertidumbre, exalta lo fragmentario, privilegia lo efímero y el instante, y no quiere plantearse cuestiones últimas.

“La razón se ha doblegado sobre sí misma... y en lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos” (8)

“Es urgente, por tanto, redescubrir de una manera nueva la racionalidad humana abierta a la luz del «Logos» divino y a su perfecta revelación que es Jesucristo” (9)

**En Santo Tomás, encontramos los principios para ampliar el horizonte de la racionalidad humana;** para “superar la limitación que la razón se impone a sí misma” y volver a “abrirle su horizonte en toda su amplitud”.

Para santo Tomás, la inteligencia humana está constitutivamente abierta y vinculada a las cosas y al “ser” que las constituye. Este “ser” no es subsistente en las cosas, sino un ser participado o creado, que remite por necesidad al Ser subsistente de Dios.

Por abierta y orientada al ser, la inteligencia puede sobrepasar los datos de la experiencia y apuntar al “mismo Ser subsistente”. Pero no alcanza inmediatamente a Dios, sino que sólo lo avista imperfectamente a través del ser creado de las cosas.

La razón se comprende a sí misma como abierta intrínsecamente a Dios, a través del “ser”, y como sabedora de que sólo podrá conocer el ser de Dios si le viene dado por la gracia.

Santo Tomás nos presenta una razón autónoma pero humilde, no autosuficiente ni orgullosa, sino abierta con respeto y admiración a la trascendencia y al misterio, y que se deja interpelar por la Revelación.

“La distancia entre Dios, el Creador, y el ser de sus criaturas es infinita; la semejanza siempre es más grande que la semejanza. A pesar de ello...

existe una analogía entre el ser creado y el ser del Creador que nos permite hablar con palabras humanas sobre Dios”. (10)

“Santo Tomás nos propone una visión de la razón humana amplia y confiada: amplia porque no se limita a los espacios de la razón empírico científica, sino abierta a todo el ser y, por tanto, también a las cuestiones fundamentales e irrenunciables del vivir humano; confiada porque la razón humana, sobre todo si acoge las inspiraciones de la fe cristiana, promueve una civilización que reconoce la dignidad de la persona” (11).

**¡Ánimo! Santo Tomás no es sólo un doctor del pasado, su doctrina, su método y su estilo siguen siendo plenamente actuales.**

Es cierto que santo Tomás no podía prever un mundo cultural y religioso tan vasto, complejo y orgánico como conocemos hoy, ni tampoco podía dar soluciones concretas al enorme cúmulo de problemas específicos que hoy tenemos que afrontar. Pero su filosofía está abierta a toda la realidad, en todas sus dimensiones y aspectos, sin reducciones o particularismos; ya que es filosofía del “ser”, en todo su valor trascendente.

La cultura contemporánea, y más aún los creyentes, solicitan continuamente la reflexión y la acción de la Iglesia para responder eficazmente a las

preguntas y a los desafíos que se plantean en los diferentes ámbitos del saber y de la experiencia humana.

La cultura actual sufre un fuerte influjo del relativismo y el subjetivismo. A la falta de puntos de referencia ideales y morales, que penaliza la convivencia civil y sobre todo la formación de las generaciones jóvenes, debe corresponder un ofrecimiento ideal y práctico de valores y de verdad, de razones fuertes de vida y de esperanza, que pueda y deba interesar a todos, especialmente a los jóvenes .

“Santo Tomás de Aquino logró instaurar una confrontación fructífera con el pensamiento árabe y judío de su tiempo” y, aprovechando la tradición filosófica griega, “produjo esa admirable síntesis cristiana entre razón y fe, que para la civilización occidental representa un patrimonio precioso, al que se puede recurrir también hoy para dialogar eficazmente” con las demás culturas y religiones. (12).

“El pensamiento y el testimonio de santo Tomás de Aquino nos sugieren estudiar con gran atención los problemas planteados para dar respuestas adecuadas y creativas. Confiando en la posibilidad de la “razón humana”, con plena fidelidad al inmutable depósito de la fe, es preciso sacar siempre provecho de las riquezas de la Tradición, en la búsqueda constante de la “verdad de las cosas”” (13).

### **Sigamos, por tanto, los ejemplos del Doctor Angélico.**

La exhortación está plenamente justificada por el testimonio de vida, con que Santo Tomás ha corroborado la doctrina impartida en la cátedra.

Reconocía gustoso que había aprendido más en la oración que en el estudio. “Aun remontándose con su agudísima especulación a las cumbres más altas de la razón, era como un niño ante los sublimes e inefables misterios de la fe: solía arrodillarse delante del crucifijo y al pie del altar, implorando la luz de la inteligencia y la pureza de corazón que permiten escrutar lúcidamente los secretos de Dios” (14).

Fue un hombre maravillosamente contemplativo. En él, se da una magnífica conjunción de pensamiento y vida, de estudio y oración, con una finalidad eminentemente apostólica: “Contemplar y transmitir a los otros el fruto de la contemplación”

La fuerza inspiradora de todo su esfuerzo intelectual y de su entrega total como persona consagrada fue el amor a Dios y al prójimo, es decir, **la caridad**. “De la caridad proceden todas las cosas”, escribió él mismo (15); o también “Por el ardor de la caridad, se da el conocimiento de la verdad” (16).

“Son palabras emblemáticas que dejan entrever, tras el pensador capaz de los vuelos especulativos más audaces, al

místico habituado a beber directamente en la fuente misma de toda verdad la respuesta a las interpelaciones más profundas del espíritu humano” (17).

San Tomás no es el intelectual frío, que piensan algunos, pues une indisolublemente el amor a la verdad y el amor al bien; resuelve el conocer mismo en amor a la verdad, ya que pone como principio de todo conocimiento que “la verdad es el bien del entendimiento” (18).

“Por tanto, el entendimiento está hecho para la verdad y la ama como su bien connatural. Y puesto que el entendimiento no se sacia con verdad alguna parcial conquistada... tiende más allá de toda verdad particular y se dirige naturalmente a la verdad total y absoluta”, es decir, a Dios. (19).

Aquí encontramos **el mejor aliado para ampliar el horizonte a la**, actualmente empobrecida, **racionalidad humana**. El corazón humano está hecho para la verdad, para la belleza y para el bien, para los valores objetivos, para aquello que es capaz de dar plenitud a la vida, y que uno puede verificar en la vida. Hay una complicidad en el cora-

zón del hombre con la que contamos, y es **el deseo de plenitud, el deseo de felicidad, el deseo de verdad, que hay en el fondo de todo ser humano**.

Pedíamos a Dios en la oración colecta la gracia de comprender la doctrina de Santo Tomás y de imitar su vida.

“La profundidad del pensamiento de santo Tomás brotaba de su fe viva y de su piedad fervorosa, que expresaba en oraciones inspiradas, como ésta en la que pide a Dios: «Concédeme, te ruego, una voluntad que te busque, una sabiduría que te encuentre, una vida que te agrade, una perseverancia que te espere con confianza y una confianza que, al final, llegue a poseerte» (20).

Hacemos nuestra esta oración, y rezamos también para que los cristianos, especialmente los que se mueven en el ámbito académico y cultural, sepan expresar el carácter razonable de su fe y testimoniarlo con un diálogo inspirado por el amor.

Pidamos este don al Señor por intercesión de santo Tomás y, sobre todo, de la Santísima Virgen, Sede de la Sabiduría.

## NOTAS:

1. Benedicto XVI: *Alocución al rezo del Angelus*, 28 de enero de 2007.
2. Cfr. Benedicto XVI: *Audiencia general del miércoles 16 de Junio de 2010*.
3. León XIII: Carta encíclica *Aeterni Patris*.
4. Cfr. Juan Pablo II: *Santo Tomás*, «*Doctor Communis Ecclesiae*» y «*Doctor Humanitatis*» N<sup>o</sup> 4. Discurso a los participantes en el VIII Congreso Tomista Internacional, celebrado en

- Roma con ocasión del centenario de la Encíclica «Aeterni Patris» 13 de septiembre de 1980.
5. Cfr. Juan Pablo II: *Favorecer el estudio constante y profundo de la doctrina filosófica, teológica, ética y política de santo Tomás de Aquino*, N° 3. Discurso a los participantes en el IX Congreso Tomista Internacional. Roma 29 de septiembre de 1990.
  6. Juan Pablo II: Carta Apostólica “*Inter munera academiaram*”, a las dos Academias Teológicas Pontificias, 28 de enero de 1999.
  7. Benedicto XVI: *Alocución al rezo del Angelus*, 28 de enero de 2007.
  8. Juan Pablo II: *Fides et Ratio* N° 5
  9. Benedicto XVI: *Alocución al rezo del Angelus*, 28 de enero de 2007.
  10. Benedicto XVI: *Audiencia general del miércoles 16 de Junio de 2010*.
  11. Benedicto XVI: *Idem*.
  12. Cfr. Benedicto XVI: *Alocución al rezo del Angelus*, 28 de enero de 2007.
  13. Benedicto XVI: *Discurso a los representantes de las Academias Pontificias, Jueves 28 de enero de 2010*
  14. Pablo VI: Carta Apostólica “*Lumen Ecclesiae*” N° 12
  15. Santo Tomás : *In Jn. Ev. XV, 2*. “A caritate omnia procedunt sicut a principio et in caritatem omnia ordinantur sicut in finem”.
  16. Santo Tomás: *In Jn. Ev. V, 6*. “Per ardorem caritatis datur cognitio veritatis”.
  17. Juan Pablo II: “*La obra filosófica y teológica de Santo Tomás de Aquino, Guía y Modelo para los Estudios Eclesiásticos*”. N° 10. Discurso a los profesores y alumnos de la Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino de Roma, 17 de noviembre de 1979.
  18. Santo Tomás: *Ethic. I lect.12 n.139*; cfr. también S. Th. I-II q.8 a. I). “verum est bonum intellectus”.
  19. Juan Pablo II: *Santo Tomás, «Doctor Communis Ecclesiae» y «Doctor Humanitatis»* N° 4. Discurso a los participantes en el VIII Congreso Tomista Internacional, celebrado en Roma con ocasión del centenario de la Encíclica «Aeterni Patris» 13 de septiembre de 1980.
  20. Benedicto XVI: *Audiencia general del miércoles 16 de Junio de 2010*.







# IGLESIA EN ESPAÑA

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### *CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA*

#### **NOMBRAMIENTOS EPISCOPALES**

**Mons. D. Atilano Rodríguez y Mons. D. Cecilio Raúl Berzosa** han sido nombrados Obispos de Sigüenza-Guadalajara y Ciudad Rodrigo, respectivamente.

La Nunciatura Apostólica en España comunica que, la Santa Sede ha hecho público hoy, miércoles 2 de febrero de 2011, que el Papa Benedicto XVI ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara presentada por Mons. D. José Sánchez González, en conformidad con el canon 401, párrafo 1, del Código de Derecho Canónico. El Santo Padre ha nombrado nuevo Obispo de esta diócesis a Mons. D. Atilano Rodríguez Martínez, actualmente Obispo de Ciudad Rodrigo. A la vez, se hace público el nombramiento del Obispo auxiliar de Oviedo, Mons. D. Cecilio Raúl Berzosa Martínez, como Obispo de Ciudad Rodrigo.

#### **Mons. D. Atilano Rodríguez, Obispo de Ciudad Rodrigo desde el año 2003**

Mons. D. Atilano Rodríguez nació en Trascastro (Asturias) el 25 de octubre de 1946. Realizó los estudios eclesiásticos en el Seminario de Oviedo y cursó la licenciatura en Teología dogmática en la Universidad Pontificia de Salamanca. Fue ordenado sacerdote el 15 de agosto de 1970.

Los primeros años de su ministerio sacerdotal los pasó en su diócesis natal dedicado a la pastoral parroquial y a la formación de seminaristas. En el año 1977, se trasladó a Zaragoza como secretario de Mons. D. Elías Yanes Álvarez, donde estuvo hasta el año 1992, cuando retorna a su diócesis como moderador del equipo sacerdotal de la parroquia de El Buen Pastor de Gijón, cargo que ocupaba, junto al de Arcipreste, cuando fue nombrado Obispo auxiliar de Oviedo, el 5 de enero de 1996. Este mismo año, el 18 de febrero, recibió la ordenación episcopal. El 26 de febrero de 2003 fue nombrado Obispo de Ciudad Rodrigo, sede de la que tomó posesión el 6 de abril de este mismo año. En la Conferencia Episcopal Española es miembro de la Comisión Episcopal de Apostado Seglar y Consiliario Nacional de Acción Católica desde el año 2002.

**Mons. D. Cecilio Raúl Berzosa, Obispo auxiliar de Oviedo desde 2005**

Mons. D. Cecilio Raúl Berzosa nació en Aranda de Duero, Burgos, el 22 de noviembre de 1957. Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario Menor de Burgos, entre 1968 y 1974, y en la sede de Burgos de la Facultad de Teología del Norte de España, entre 1974 y 1982, donde obtuvo el Doctorado en Teología Dogmática, en 1984. Fue ordenado sacerdote el 8 de noviembre de 1982, en Valencia, por Su Santidad Juan Pablo II, quedando incardinado en la archidiócesis de Burgos.

Los primeros años de sacerdote estuvo en distintas parroquias de Burgos. En 1984 se trasladó a Roma para licenciarse en Derecho Canónico (Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino) y cursar estudios diplomáticos (Pontificia Academia Eclesiástica). Estudió también Antropología Teológica (Pontificia Facultad Teológica Teresianum) y siguió un curso de periodismo (Instituto Profesional Lazio, en Roma).

El año 1987, regresó a su diócesis natal donde desempeñó los cargos de Delegado Diocesano de Medios de Comunicación, Director de la revista diocesana Sembrar, Director de los programas diocesanos de la cadena COPE, y Director del Instituto de Teología para Laicos y del Instituto de Teología a Distancia, entre 1987 y 1993. Este último año fue nombrado Pro-Vicario General y Vicario de Pastoral de la archidiócesis de Burgos, cargo que desempeñó hasta el año 2004. Entre 1997 y 1998 fue también Párroco de Arcos de la Llana y anejos y de Sotresgudo y anejos. Desde 1994 al 2005 fue el Secretario de los Obispos de las diócesis de Castilla-León.

Desde 1987 a 2005, fue Profesor de Teología Dogmática en la Facultad de Teología del Norte de España, sedes de Burgos y Vitoria, y Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Jerónimo de Burgos desde el 14 de enero de 2005 hasta su nombramiento episcopal.

El 22 de marzo de 2005, fue nombrado Obispo auxiliar de Oviedo y recibió la ordenación episcopal el 14 de mayo. En la CEE es miembro de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, desde el año 2005, y de la Junta Episcopal para Asuntos Jurídicos desde marzo del mismo año.

## Congreso “La Sagrada Escritura en la Iglesia”

Madrid 7-9 de febrero de 2011

### Sesión de Apertura

*Card. Antonio María Rouco Varela, Cardenal-Arzbispo de Madrid, Presidente de la Conferencia Episcopal Española*

Señor Cardenal (Prefecto de la Congregación de los Obispos, Marc Ouellet), Señor Nuncio, Señores Arzobispos y Obispos, Señores Vicarios y Delegados episcopales, Organizadores y personas que servís al buen desarrollo del Congreso, Queridos congresistas, amigos todos:

Mi más cordial bienvenida para todos y cada uno de ustedes. Como arzobispo de Madrid –esta ciudad abierta y acogedora, en la que la Iglesia también es viva– les deseo especialmente a los que vienen de fuera una estancia agradable y provechosa entre nosotros.

Como Presidente de la Conferencia Episcopal, que organiza este Congreso sobre “La Sagrada Escritura en la Iglesia”, agradezco la presencia de todos los congresistas, que habéis hecho un esfuerzo de tiempo y de medios, para acudir a esta convocatoria tan especial.

El Congreso que ahora inauguramos es una de las acciones más importantes previstas en su momento por la Conferencia Episcopal para ayudar a la re-

novación de lo que podríamos llamar la dimensión bíblica de toda la labor pastoral de la Iglesia, aprovechando el acontecimiento histórico que es –sin duda ninguna– la reciente publicación de la Sagrada Escritura. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española.

Entonces no podíamos saber todavía cuándo iba a ser publicada la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*. Tampoco conocíamos, como es natural, su incipit: la Palabra del Señor. Es ciertamente providencial que la publicación de este importante documento del magisterio pontificio haya coincidido con la aparición de la Biblia de la Conferencia Episcopal. De este modo, el Congreso que celebramos cuenta con una guía luminosa que orientará seguramente las ponencias, la reflexión y la proyección apostólica de este encuentro.

Por eso, es tan de agradecer que el Señor Cardenal Marc Ouellet, haya tenido la generosidad de aceptar nuestra invitación para pronunciar la Conferencia inaugural. El Señor Cardenal, siendo todavía Arzobispo de Quebec, fue el Relator General de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, sobre “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”, celebrada en Roma en octubre de 2008. El Papa Benedicto XVI, en la mencionada Exhortación *Verbum Domini* presenta y profundiza los resultados de

aquella Asamblea del Sínodo (cf. *VD* 5). Nadie, pues, mejor que el Cardenal Ouellet para abrir los trabajos de este Congreso y para ayudarnos así a orientar mejor en el futuro la presencia de la Palabra del Señor en la vida y la misión de la Iglesia, según las enseñanzas del Sínodo y del Santo Padre. Sea muy bienvenido, Señor Cardenal, y ¡muchas gracias! Escucharemos enseguida con suma atención sus palabras.

El programa del Congreso es muy rico. Los ponentes proceden de toda la geografía física y espiritual del mundo del estudio teológico-exegético y de la pastoral bíblica; su ciencia y experiencia asegura el éxito de lo que nos proponemos. A todos les doy muy sinceramente las gracias por su dedicación de años a sus trabajos y por la impagable contribución de estos días.

Las cuatro intervenciones de esta tarde se centrarán expresamente en la presentación de la Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. El Secretario General de la Conferencia Episcopal, que ha coordinado los trabajos técnicos de los últimos años con los procesos de revisión y aprobación oficial y que, estuvo también presente, desde 1995, en el impulso inicial de esta Biblia, sintetizará la historia y los motivos del proyecto. Por su parte, el Presidente y el Secretario del Comité Técnico que encauzó el trabajo exegético de traducción y anotación del texto sagrado —llevado a cabo por veinticuatro especialistas— explica-

rán los criterios técnicos, exegéticos y teológicos que guiaron toda la obra. Y el Subsecretario de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos tratará de los criterios que rigen el reconocimiento de las versiones de la Sagrada Escritura que han de ser utilizados en la Liturgia, como es el caso del texto de la Biblia de la Conferencia Episcopal.

Las cinco intervenciones siguientes —las cuatro de la mañana y la primera de la tarde del día de mañana— ofrecerán una básica visión de conjunto de lo que significa la Sagrada Escritura en la Iglesia como testigo de la divina revelación. Comenzando por la lectura eclesial del Antiguo Testamento (Prof. Carbajosa Pérez), continuando por el sentido que la Biblia tiene para los Santos Padres (Prof. Merino Rodríguez); la misión de la exégesis en la vida de la Iglesia (Prof. Núñez Regodón); la relación entre Sagrada Escritura y Magisterio de la Iglesia (Mons. Ladaria); para terminar con el tema del testimonio apostólico sobre Jesús y la historia (Prof. Venard).

Durante el resto de la tarde del día de mañana tendrán lugar diez intervenciones, de las que los congresistas podrán elegir dos, dentro de dos series de cinco. De este modo, se ofrece una variada panorámica de temas referentes a la relación de la Sagrada Escritura con la liturgia y la oración, la teología, la catequesis y la enseñanza religiosa escolar. Son los ámbitos temáticos propios

de las Comisiones Episcopales que han colaborado en la organización del Congreso y que, objetivamente, se refieren a lugares de especial importancia para una renovada y adecuada presencia de la Biblia en la vida y misión de la Iglesia. Tienen ustedes en el programa los títulos concretos de las diez interesantes contribuciones, entre las que cada uno elegirá según sus preferencias. En las actas se podrá luego tener acceso a todas, también, por tanto, a aquellas a las que mañana no sea posible asistir.

Por fin, el congreso se cerrará pasado mañana por la mañana con dos temas que posiblemente sólo para una visión superficial puedan aparecer como desconectados entre sí: la lectura científica de la Sagrada Escritura (Prof. Ábrego), por un lado, y la Palabra de Dios y el compromiso en el mundo (Cardenal Turkson), por otro.

Ojalá que, estos días de escucha, reflexión e intercambio sobre la Palabra de Dios escrita, sean muy útiles para cada uno de los congresistas y nos ayuden a todos a conseguir los fines a los que ya me he referido: que el Verbo del Padre, testimoniado por toda la Escritura Santa, sea Luz y Vida para el mundo a través de la vida y de la misión de la Iglesia. Ese es mi deseo y el objeto de mi oración y de la oración de todos en la celebración de la Palabra con la que a continuación inauguraremos el Congreso.

Pero antes, permítanme todavía algunas palabras más para dar las gracias.

En primer lugar, a Dios Nuestro Señor que nos permite celebrar hoy este Congreso, porque ha sido posible llevar a feliz término el proyecto de la Biblia de la Conferencia Episcopal. Y, luego, gracias también a las personas que lo han hecho posible.

Quiero recordar aquí a D. Elías Yanes, Arzobispo emérito de Zaragoza, que como Presidente de la Conferencia Episcopal, recogió e impulsó las propuestas de abordar este trabajo, allá por el año 1996; y a D. José Sánchez, obispo de Guadalajara, y a D. Juan José Asenjo, hoy Arzobispo de Sevilla, que, como Secretarios Generales, dieron por aquellas fechas y años sucesivos los pasos necesarios para que la Conferencia llevara a la práctica los nombramientos y los encargos necesarios para el trabajo; como ya he apuntado, esta tarea ha sido llevada a puerto por el actual Secretario General, D. Juan Antonio Martínez Camino, obispo auxiliar de Madrid. La gratitud es extensiva a los sucesivos Presidentes de las Comisiones Episcopales encargadas de la obra: D. Ricardo Blázquez, D. Eugenio Romero Pose, D. Agustín García Gasco y D. Javier Martínez, de Doctrina de la Fe y D. Pedro Tena y D. Julián López, de Liturgia; así como también a los colaboradores de sus secretariados, con sus directores a lo largo de estos años: Martínez Camino y José Rico Pavés, de Doctrina de la Fe; y Concepción González y Juan María Canals, de Liturgia.

Gracias igualmente a todos los hermanos obispos que han tomado parte en los trabajos de revisión y aprobación, junto con las personas que les han ayudado en esa importante tarea. Gracias a las autoridades y peritos de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, que han revisado todo el texto bíblico.

Nuestra gratitud se dirige, por supuesto, a los veinticuatro especialistas que trabajaron en la traducción y en las notas e introducciones de la Biblia, en especial, a quienes, como Presidente y Secretario, coordinaron los trabajos: el Prof. Dr. D. Domingo Muñoz León y el Prof. Dr. D. Juan Miguel Díaz Rodelas.

Por fin es necesario reconocer la labor realizada por la *Biblioteca de Autores Cristianos*, la BAC. Ella, cuando D. Joaquín Luis Ortega era su director, se ofreció y comprometió generosamente a editarlo. Ahora, en el momento de poner manos a la obra de los trabajos de revisión y edición de los textos, hemos tenido la suerte de que el actual director de la BAC, D. Jorge Fernández Sangrador, como algunos de sus colaboradores en el equipo de la benemérita casa editora, sean también exegetas y hayan participado antes en la traducción y anotación de la Biblia. El resultado editorial ha sido todo un acierto. Podemos disfrutar de un texto legible y dispuesto con claridad y elegancia.

Auguramos que los trabajos editoriales pendientes respondan también, en otros formatos y soportes, a la noble misión de poner la Palabra de Dios al alcance de todos de un modo a la vez digno y práctico.

*La Biblia de la Conferencia Episcopal* se abre con una hermosa Instrucción Pastoral de la Asamblea Plenaria de los obispos titulada “La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia”, cuyo sentido será profundizado en estos días del Congreso. Termino con las mismas palabras con las que concluye el texto de los obispos españoles, deseando que ese mismo sea el fruto que el Congreso nos ayude a cosechar: “Al ofrecer al pueblo cristiano esta nueva traducción de la Sagrada Escritura, los obispos de la Conferencia Episcopal Española ponemos bajo la materna intercesión de la Santísima Virgen María los frutos de santidad que esperamos se deriven de esta iniciativa. Ella nos recuerda constantemente que a la escucha atenta de la voz del Señor ha de seguir la obediencia fiel: Hágase en mí según tu Palabra (Lc 1, 38).

Que disfruten de estos días de estudio y encuentro y, de nuevo, ¡muchas gracias!

**NOTA: Todas las ponencias se pueden leer y consultar en siguiente página Web:**

*<http://www.sagradabibliacee.com/index.php/congreso/ponencias>*

## Nota de prensa sobre la Campaña de la Renta

### *El número de declaraciones a favor de la Iglesia Católica vuelve a aumentar en 2010*

*Martes, 15 de Febrero de 2011*

En la última declaración de la Renta, de 2010, correspondiente al IRPF de 2009 el número de declaraciones con asignación a favor de la Iglesia Católica se ha incrementado en 65.983. El número total de declaraciones a favor de la Iglesia se ha elevado a 7.260.138 millones. En tan solo tres años, se ha producido un aumento de casi 800.000 declaraciones (exactamente 777.983). Si tenemos en cuenta que un buen número de ellas son conjuntas, podemos estimar que en la pasada primavera más de 9 millones de contribuyentes asignaron a favor de la Iglesia Católica.

El porcentaje sube casi medio punto y asciende a un 34,75%, aunque la recaudación ha sido de 249.456.822 euros (3.225.724 euros menos que el año anterior). Es un dato muy positivo si se tiene en cuenta que, en el contexto general de crisis económica, las previsiones que se tenían en relación con la recaudación del IRPF y su impacto en la cuota íntegra del impuesto, que se utiliza como base para la asignación, eran pesimistas.

#### Elementos para la interpretación

Para una correcta interpretación del significado de estos datos es necesario recordar que, desde el 1º de enero de 2007, el incremento del coeficiente al

0,7% fue acompañado de la eliminación de la exención del IVA, lo que significaba hasta esa fecha para las instituciones de la Iglesia un ahorro aproximado de 30 millones de euros, cifra que ahora debe ser compensada. Por otro lado, hay que valorar también el hecho de que, con el nuevo sistema, el Estado no garantiza ya ningún mínimo para el sostenimiento básico de la Iglesia. Ha dejado de existir el llamado “complemento presupuestario”, de modo que la Iglesia sólo recibe lo que resulta de la asignación voluntaria de los contribuyentes.

#### Valoración de los datos

La Conferencia Episcopal Española (CEE) considera que los resultados de este ejercicio permitirán mantener el sostenimiento de las actividades básicas de la Iglesia en niveles de eficiencia y austeridad semejantes a los que han venido siendo habituales hasta ahora. La decisión personal de los contribuyentes a la hora de marcar la casilla correspondiente en su declaración de la renta seguirá siendo fundamental. Pueden hacerlo o bien sólo para la Iglesia Católica o bien conjuntamente para la Iglesia Católica y para los llamados “otros fines sociales”. Ninguna de las dos opciones significa que el contribuyente vaya a tener que pagar más ni que le vayan a devolver menos.

El nuevo e importante aumento en el número de personas que han decidido asignar a favor de la Iglesia, en una coyuntura compleja, muestra que la percepción real que la sociedad tiene de la Iglesia es positiva. La Conferencia Episcopal agradece a todos el gesto de asignar, especialmente a quienes lo han hecho por primera vez, y recuerda que las otras formas de colaboración al sostenimiento de la Iglesia, como son las colectas, las suscripciones, etc., continuarán siendo absolutamente indispensables.

Los resultados de las campañas de comunicación que se han venido realizando en los últimos años han sido esperanzadores. La Conferencia Episcopal tiene la intención de seguir trabajando en esta línea para informar acerca de la labor de la Iglesia y animar a que sigan siendo cada vez más quienes marquen la X en su Declaración a

favor de la Iglesia. Marcar la casilla no cuesta nada y, sin embargo, rinde mucho.

La labor religiosa y espiritual de la Iglesia, ya de por sí de gran significado social, lleva además consigo otras funciones sociales. La enseñanza; la atención multiforme a los niños, los ancianos, los discapacitados; la acogida de los inmigrantes; el socorro personal e inmediato a quienes la crisis económica ha puesto en dificultades; los misioneros en los lugares más pobres de la tierra. Todo ello surge de las vidas entregadas y de la generosidad suscitada en quienes han encontrado su esperanza en la misión de la Iglesia. Con poco dinero, la Iglesia sigue haciendo mucho por tantos que todavía necesitan tanto.

Más en información en: **[www.por-tantos.es](http://www.por-tantos.es)**

### Nota de prensa ante la crisis

#### *La Conferencia Episcopal Española entrega a Cáritas 4 millones de euros*

*Miércoles, 16 de Febrero de 2011*

La Conferencia Episcopal Española (CEE) ha entregado a Cáritas, por medio de su Secretario General, Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino, una aportación de 4 millones de euros. En la última Asamblea Plenaria de la CEE, celebrada

en noviembre de 2010, los obispos españoles decidieron aumentar la colaboración económica que han venido prestando a Cáritas en los últimos años. El donativo ha sido ahora de 4 millones de euros, en lugar de los 2,9 entregados el pasado año, lo que supone el 1,62% del Fondo Común Interdiocesano.

La entrega se ha llevado a cabo en la sede de Cáritas Española y en el acto han intervenido, además de Mons. Martínez Camino, el Presidente de Cáritas Española, D. Rafael del Río, y el Secretario General, D. Sebastián Mora, quien presentó la Declaración Final de la 67ª Asamblea General de Cáritas Española, que tuvo lugar en El Escorial del 28 al 30 del pasado mes de enero. En la Declaración se recoge cómo el impacto de la crisis económica ha duplicado, en dos años, el número de solicitudes recibidas en Cáritas.

Por su parte, Mons. Martínez Camino ha señalado que “Cáritas es la Iglesia en su función y en su misión de solidaridad cristiana. No es una ong,

sino que es la Iglesia católica ejerciendo la caridad a la que el Señor invita y obliga a los cristianos en el amor”. El Secretario General de la CEE ha recordado, aludiendo a la encíclica Caritas in Veritate, que “del mismo modo que sin sacramentos y sin predicación de la Palabra no habría Iglesia, sin Cáritas tampoco la habría, porque Cáritas es una dimensión esencial de la vida de la Iglesia”. “Curiosamente –ha subrayado Mons. Martínez Camino– cuando la gente, por regla general, dispone de menos recursos, Cáritas tiene más donantes. Queremos que este pequeño gesto de donar 4 millones de euros suponga un signo y un estímulo para que siga creciendo la generosidad de las personas que colaboran con Cáritas”.

## JORNADAS

### **Día de Hispanoamérica. Domingo 6 de marzo de 2011**

#### *Jóvenes misioneros para un continente joven*

#### Presentación

1. La voz de la Iglesia en España se ha escuchado de forma constante urgiendo, en todo tiempo, respuestas misioneras en continuidad con su fecunda historia en el campo de la misión. Un ejemplo muy concreto sobre esta preocupación y apoyo fue la aprobación, en el año 1959, de una jornada misionera nacional en favor de las Iglesias necesitadas de América Latina. Desde

entonces ha venido celebrándose en todas las diócesis de España, de forma ininterrumpida, bajo la denominación de Día de Hispanoamérica.

La Conferencia Episcopal Española encomendó su organización, en el primer domingo del mes de marzo, a la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. Este año su celebración será el día 6 de marzo, bajo el lema «Jóvenes misioneros para un

continente joven», dentro del contexto de la próxima Jornada mundial de la Juventud que celebraremos en Madrid durante el próximo mes de agosto.

La tarea de la evangelización de los jóvenes es de suma importancia; el Papa lo ha resaltado como una de las preocupaciones más profundas del último Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios. En la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* recuerda que «los jóvenes son ya desde ahora miembros activos de la Iglesia y representan su futuro» (n. 104). Para ello, la Iglesia debe tomar conciencia de la necesidad de «un anuncio claro» (ibíd.) y de que hacen falta «testigos y maestros, que caminen con ellos y los lleven a amar y a comunicar a su vez el Evangelio, especialmente a sus coetáneos, convirtiéndose ellos mismos en auténticos y creíbles anunciadores» (ibíd.). Además, el Papa indica la necesidad de presentar «la divina Palabra también con sus implicaciones vocacionales, para ayudar y orientar así a los jóvenes en sus opciones de vida, incluida la de una consagración total» (ibíd.).

2. La Comisión Episcopal desea agradecer, antes de nada, la atención y generosidad de las diócesis españolas en favor de esta Jornada Misionera, pero también destacar la oportunidad de seguir con su cuidada celebración, ya que América Latina continúa necesitando el apoyo y presencia de las Iglesias particulares de España, como también necesitan estas, abriéndose todas a

la universalidad, recibir el intercambio y dinamismo evangelizador de aquellas Iglesias más jóvenes.

La renovada llamada anual a la misión ad gentes en favor de Hispanoamérica, continúa gozando, por tanto, de la misma actualidad y urgencia ante los institutos de vida consagrada, sociedades de vida apostólica, presbiterios de las diócesis españoles, asociaciones de laicos y demás fieles.

Esta actualidad de la misión ad gentes ha sido también recordada con énfasis en la misma Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* con las siguientes palabras: «La Iglesia no puede limitarse en modo alguno a una pastoral de “mantenimiento” para los que ya conocen el Evangelio de Cristo. El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial» (n. 95). La Iglesia en España está llamada a continuar la obra misionera que de manera providencial comenzó en América, si de verdad quiere seguir siendo una comunidad cristiana viva que vive, celebra y transmite la fe en Jesucristo.

Ésta es, en realidad, la finalidad primordial de esta Jornada, en la que debemos destacar y tener muy presente que cerca del 70% de los misioneros y misioneras españoles actuales desarrollan sus tareas de evangelización en aquel continente.

3. Queremos destacar asimismo, con ocasión de esta jornada, la Obra de Co-

operación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA), instituida también por la Conferencia Episcopal Española.

Su finalidad no es otra que promover, ser cauce de apoyo y atención a los sacerdotes diocesanos que acuden, por un tiempo determinado, a Hispanoamérica en servicios misioneros, sin pérdida de su incardinación en sus diócesis respectivas de envío.

La Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, que tiene especialmente encomendada esta Institución, conoce muy de cerca la respuesta generosa de estos sacerdotes y su constante preocupación, sobre todo, por asegurar la continuidad de sus servicios misioneros.

Una parte importante de los resultados económicos de la colecta de esta Jornada se pone en manos de estos sacerdotes para apoyar sus proyectos pastorales y sociales, pero, sobre todo, la Comisión Episcopal celebra encuentros periódicos con todos ellos y les proporciona ayudas personales en situaciones concretas.

Los obispos de España renovamos nuestro agradecimiento a estos sacerdotes que están dedicando su vida a la evangelización en América y renovamos nuestro llamamiento a continuar esta importante misión que corresponde a la Iglesia de España de forma particular. «Los obispos y sacerdotes, por su propia misión, son los primeros llama-

dos a una vida dedicada al servicio de la Palabra, a anunciar el Evangelio, a celebrar los sacramentos y a formar a los fieles en el conocimiento auténtico de las Escrituras» (*Verbum Domini*, 94).

4. La Pontificia Comisión para América Latina nos ha enviado, como en años anteriores, el Mensaje que se acompaña a continuación para el apoyo de esta Jornada. Se lo agradecemos vivamente al Emmo. Sr. cardenal Marc Ouellet y al Excmo. Sr. arzobispo Mons. Octavio Ruiz, presidente y vicepresidente de la expresada Comisión, respectivamente.

El Mensaje es un precioso y profundo comentario, una llamada misionera a los jóvenes, con la mirada puesta en la preparación de la próxima Jornada mundial de la Juventud. Destaca la «mirada especial del Señor para los jóvenes, a quienes invita también hoy a ser discípulos suyos y misioneros en medio del mundo».

Se acompañan también unos sencillos materiales catequéticos y litúrgicos para la preparación y celebración de esta Jornada.

Que María Santísima, Reina de las Misiones y Madre de los sacerdotes, interceda en favor de quienes en nombre de las Iglesias particulares de España, son testigos y predicán el Evangelio de Jesucristo en las Iglesias hermanas de Hispanoamérica. Oramos por ellos

y apoyamos su entrega misionera. Felicitamos a los sacerdotes de la OCSHA que celebran durante este año sus bodas de oro sacerdotales y pedimos al Dueño de la mies nuevas respuestas

de jóvenes misioneros para este Continente joven hispanoamericano.

*Ramón del Hoyo López*  
*Obispo de Jaén*



# IGLESIA UNIVERSAL

---



## IGLESIA UNIVERSAL

### SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

#### ÁNGELUS

***Plaza de San Pedro. Domingo, 30 de enero de 2011.***

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto domingo del tiempo ordinario, el Evangelio presenta el primer gran discurso que el Señor dirige a la gente, en lo alto de las suaves colinas que rodean el lago de Galilea. «Al ver Jesús la multitud -escribe san Mateo-, subió al monte: se sentó y se acercaron sus discípulos; y, tomando la palabra, les enseñaba» (Mt 5, 1-2). Jesús, nuevo Moisés, «se sienta en la “cátedra” del monte» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 92) y proclama «bienaventurados» a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los misericordiosos, a quienes tienen hambre de justicia, a los limpios de corazón, a los perseguidos (cf. Mt 5, 3-10). No se trata de una nueva ideología, sino de una enseñanza que viene de lo alto y toca la condición humana, precisamente la que el Señor, al encarnarse, quiso asumir, para salvarla. Por eso, «el Sermón de la montaña está dirigido a todo el mundo, en el presente y en el futuro y sólo se puede entender y vivir siguiendo a Jesús, caminando con él» (*Jesús de Nazaret*, p. 96). Las Bienaventuranzas son un nuevo programa de vida, para liberarse de

los falsos valores del mundo y abrirse a los verdaderos bienes, presentes y futuros. En efecto, cuando Dios consuela, sacia el hambre de justicia y enjuga las lágrimas de los que lloran, significa que, además de recompensar a cada uno de modo sensible, abre el reino de los cielos. «Las Bienaventuranzas son la transposición de la cruz y la resurrección a la existencia del discípulo» (ib., p. 101). Reflejan la vida del Hijo de Dios que se deja perseguir, despreciar hasta la condena a muerte, a fin de dar a los hombres la salvación.

Un antiguo eremita afirma: «Las Bienaventuranzas son dones de Dios, y debemos estarle muy agradecidos por ellas y por las recompensas que de ellas derivan, es decir, el reino de los cielos en el siglo futuro, la consolación aquí, la plenitud de todo bien y misericordia de parte de Dios... una vez que seamos imagen de Cristo en la tierra» (Pedro de Damasco, en *Filocalia*, vol. 3, Turín 1985, p. 79). El Evangelio de las Bienaventuranzas se comenta con la historia misma de la Iglesia, la historia de la santidad cristiana, porque -como escribe san Pablo- «Dios ha escogido lo débil del mundo para humillar lo poderoso; ha escogido lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que

cuenta» (1 Co 1, 27-28). Por esto la Iglesia no teme la pobreza, el desprecio, la persecución en una sociedad a menudo atraída por el bienestar material y por el poder mundano. San Agustín nos recuerda que «lo que ayuda no es sufrir estos males, sino soportarlos por el nombre de Jesús, no sólo con espíritu sereno, sino incluso con alegría» (*De sermone Domini in monte*, I, 5, 13: CCL 35, 13).

Queridos hermanos y hermanas, invoquemos a la Virgen María, la Bienaventurada por excelencia, pidiendo la fuerza para buscar al Señor (cf. *So* 2, 3) y seguirlo siempre, con alegría, por el camino de las Bienaventuranzas.

### ***Plaza de San Pedro. Domingo, 6 de febrero de 2011.***

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio de este domingo, el Señor Jesús dice a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (*Mt* 5, 13.14). Mediante estas imágenes llenas de significado, quiere transmitirles el sentido de su misión y de su testimonio. La sal, en la cultura de Oriente Medio, evoca varios valores como la alianza, la solidaridad, la vida y la sabiduría. La luz es la primera obra de Dios creador y es fuente de la vida; la misma Palabra de Dios es comparada con la luz, como proclama el salmista: «Lámpara es tu

palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (*Sal* 119, 105). Y también en la liturgia de hoy, el profeta Isaías dice: «Cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies el alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía» (58, 10). La sabiduría resume en sí los efectos benéficos de la sal y de la luz: de hecho, los discípulos del Señor están llamados a dar nuevo «sabor» al mundo, y a preservarlo de la corrupción, con la sabiduría de Dios, que resplandece plenamente en el rostro del Hijo, porque él es la «luz verdadera que ilumina a todo hombre» (*Jn* 1, 9). Unidos a él, los cristianos pueden difundir en medio de las tinieblas de la indiferencia y del egoísmo la luz del amor de Dios, verdadera sabiduría que da significado a la existencia y a la actuación de los hombres.

El próximo 11 de febrero, memoria de Nuestra Señora de Lourdes, celebraremos la Jornada mundial del enfermo. Es ocasión propicia para reflexionar, para rezar y para acrecentar la sensibilidad de las comunidades eclesiales y de la sociedad civil hacia los hermanos y las hermanas enfermos. En el *Mensaje* para esta Jornada, inspirado en una frase de la primera carta de san Pedro: «Por sus llagas habéis sido curados» (2, 24), invito a todos a contemplar a Jesús, el Hijo de Dios, que sufrió, murió, pero resucitó. Dios se opone radicalmente a la prepotencia del mal. El Señor cuida del hombre en cada situación, comparte el sufrimiento y abre el corazón a la esperanza. Exhorto, por tanto, a todos

los agentes sanitarios a reconocer en el enfermo no sólo un cuerpo marcado por la fragilidad, sino ante todo una persona, a la que es preciso dar toda la solidaridad y ofrecer respuestas adecuadas y competentes. En este contexto recuerdo, además, que hoy se celebra en Italia la «Jornada por la vida». Espero que todos se esfuercen por hacer que crezca la cultura de la vida, para poner en el centro, en cualquier circunstancia, el valor del ser humano. Según la fe y la razón, la dignidad de la persona no se puede reducir a sus facultades o a las capacidades que pueda manifestar y, por tanto, no disminuye cuando la persona es débil, inválida y necesitada de ayuda.

Queridos hermanos y hermanas, invocamos la intercesión maternal de la Virgen María, para que los padres, los abuelos, los profesores, los sacerdotes y cuantos trabajan en la educación formen a las generaciones jóvenes en la sabiduría del corazón, para que lleguen a la plenitud de la vida.

***Plaza de San Pedro. Domingo, 13 de febrero de 2011.***

Queridos hermanos y hermanas:

En la Liturgia de este domingo prosigue la lectura del llamado «Sermón de la montaña» de Jesús, que comprende los capítulos 5, 6 y 7 del *Evangelio de Mateo*. Después de las «bienaventu-

ranzas», que son su programa de vida, Jesús proclama la nueva Ley, su Torá, como la llaman nuestros hermanos judíos. En efecto, el Mesías, con su venida, debía traer también la revelación definitiva de la Ley, y es precisamente lo que Jesús declara: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud». Y, dirigiéndose a sus discípulos, añade: «Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (*Mt 5, 17.20*). Pero ¿en qué consiste esta «plenitud» de la Ley de Cristo, y esta «mayor» justicia que él exige?

Jesús lo explica mediante una serie de antítesis entre los mandamientos antiguos y su modo proponerlos de nuevo. Cada vez comienza diciendo: «Habéis oído que se dijo a los antiguos...», y luego afirma: «Pero yo os digo...». Por ejemplo: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”; y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: “todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado”» (*Mt 5, 21-22*). Y así seis veces. Este modo de hablar suscitaba gran impresión en la gente, que se asustaba, porque ese «yo os digo» equivalía a reivindicar para sí la misma autoridad de Dios, fuente de la Ley. La novedad de Jesús consiste, esencialmente, en el hecho que él mismo «llena» los mandamientos con el amor de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo que habita en él. Y nosotros, a través de la fe en Cristo, podemos abrirnos a la acción del Espíritu Santo, que nos hace capaces de vivir el amor di-

vino. Por eso todo precepto se convierte en verdadero como exigencia de amor, y todos se reúnen en un único mandamiento: ama a Dios con todo el corazón y ama al prójimo como a ti mismo. «La plenitud de la Ley es el amor», escribe san Pablo (*Rm* 13, 10). Ante esta exigencia, por ejemplo, el lamentable caso de los cuatro niños gitanos que murieron la semana pasada en la periferia de esta ciudad, en su chabola quemada, impone que nos preguntemos si una sociedad más solidaria y fraterna, más coherente en el amor, es decir, más cristiana, no habría podido evitar ese trágico hecho. Y esta pregunta vale para muchos otros acontecimientos dolorosos, más o menos conocidos, que acontecen diariamente en nuestras ciudades y en nuestros países.

Queridos amigos, quizás no es casualidad que la primera gran predicación de Jesús se llame «Sermón de la montaña». Moisés subió al monte Sinaí para recibir la Ley de Dios y llevarla al pueblo elegido. Jesús es el Hijo de Dios que descendió del cielo para llevarnos al cielo, a la altura de Dios, por el camino del amor. Es más, él mismo es este camino: lo único que debemos hacer es seguirle, para poner en práctica la voluntad de Dios y entrar en su reino, en la vida eterna. Una sola criatura ha llegado ya a la cima de la montaña: la Virgen María. Gracias a la unión con Jesús, su justicia fue perfecta: por esto la invocamos como *Speculum iustitiae*. Encomendémonos a ella, para que guíe también nuestros pasos en la fidelidad a la Ley de Cristo.

**Plaza de San Pedro. Domingo, 20 de febrero de 2011.**

Queridos hermanos y hermanas:

En este séptimo domingo del tiempo ordinario, las lecturas bíblicas nos hablan de la voluntad de Dios de hacer partícipes a los hombres de su vida: «Sed santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo», se lee en el *libro del Levítico* (19, 1). Con estas palabras, y los preceptos que se siguen de ellas, el Señor invitaba al pueblo que se había elegido a ser fiel a la alianza con él caminando por sus senderos, y fundaba la legislación social sobre el mandamiento «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Lv* 19, 18). Y si escuchamos a Jesús, en quien Dios asumió un cuerpo mortal para hacerse cercano a cada hombre y revelar su amor infinito por nosotros, encontramos esa misma llamada, ese mismo objetivo audaz. En efecto, dice el Señor: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt* 5, 48). ¿Pero quién podría llegar a ser perfecto? Nuestra perfección es vivir como hijos de Dios cumpliendo concretamente su voluntad. San Cipriano escribía que «a la paternidad de Dios debe corresponder un comportamiento de hijos de Dios, para que Dios sea glorificado y alabado por la buena conducta del hombre» (*De zelo et livore*, 15: ccl 3a, 83).

¿Cómo podemos imitar a Jesús? Él dice: «Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial»

(Mt 5, 44-45). Quien acoge al Señor en su propia vida y lo ama con todo su corazón es capaz de un nuevo comienzo. Logra cumplir la voluntad de Dios: realizar una nueva forma de vida animada por el amor y destinada a la eternidad. El apóstol san Pablo añade: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Co 3, 16). Si de verdad somos conscientes de esta realidad, y nuestra vida es profundamente plasmada por ella, entonces nuestro testimonio es claro, elocuente y eficaz. Un autor medieval escribió: «Cuando todo el ser del hombre se ha mezclado, por decirlo así, con el amor de Dios, entonces el esplendor de su alma se refleja también en el aspecto exterior» (Juan Clímaco, *Scala Paradisi*, XXX: pg 88, 1157 B), en la totalidad de su vida. «Gran cosa es el amor -leemos en el libro de la Imitación de Cristo-, y bien sobremana grande; él solo hace ligero todo lo pe-

sado, y lleva con igualdad todo lo desigual. El amor quiere estar en lo más alto, y no ser detenido de ninguna cosa baja. Nace de Dios y sólo en Dios puede encontrar descanso» (III, v, 3).

Queridos amigos, pasado mañana, 22 de febrero, celebraremos la fiesta de la Cátedra de San Pedro. A él, el primero de los Apóstoles, Cristo confió la tarea de Maestro y de Pastor para la guía espiritual del pueblo de Dios, para que este pueda elevarse hasta el cielo. Exhorto, por tanto, a todos los pastores a «asimilar el “nuevo estilo de vida” que el Señor Jesús inauguró y que los Apóstoles hicieron suyo» (*Carta de convocatoria del Año sacerdotal: L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de junio de 2009, p. 8). Invoquemos a la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, para que nos enseñe a amarnos unos a otros y a acogernos como hermanos, hijos del Padre celestial.

## AUDIENCIAS GENERALES

*Sala Pablo VI. Miércoles, 2 de febrero de 2011*

### **Santa Teresa de Jesús**

Queridos hermanos y hermanas:

A lo largo de las catequesis que he querido dedicar a los Padres de la Iglesia y a grandes figuras de teólogos y de mujeres

del Medioevo me detuve también a hablar de algunos santos y santas que fueron proclamados doctores de la Iglesia por su eminente doctrina. Hoy quiero iniciar una breve serie de encuentros para completar la presentación de los doctores de la Iglesia. Y comienzo con una santa que representa una de las cimas de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos: santa Teresa de Ávila (de Jesús).

Nace en Ávila, España, en 1515, con el nombre de Teresa de Ahumada. En su autobiografía, ella misma menciona algunos detalles de su infancia: su nacimiento de «padres virtuosos y temerosos de Dios», en el seno de una familia numerosa, con nueve hermanos y tres hermanas. Todavía niña, cuando tiene menos de nueve años, lee las vidas de algunos mártires que le inspiran el deseo del martirio, hasta el punto de que improvisa una breve huida de casa para morir mártir y subir al cielo (cf. *Vida* 1, 5); «quiero ver a Dios» dice la pequeña a sus padres. Algunos años más tarde, Teresa hablará de sus lecturas de la infancia y afirmará que, en ellas, descubrió la verdad, que resume en dos principios fundamentales: por un lado, «el hecho de que todo lo que pertenece al mundo de aquí, pasa»; y, por otro, que sólo Dios es «para siempre, siempre, siempre», tema que se reitera en la famosísima poesía «Nada te turbe / nada te espante; / todo se pasa. / Dios no se muda; / la paciencia todo lo alcanza; / quien a Dios tiene / nada le falta / ¡Sólo Dios basta!». Al quedar huérfana de madre a los 12 años, pide a la santísima Virgen que le haga de madre (cf. *Vida* 1, 7).

Aunque en la adolescencia, la lectura de libros profanos la había llevado a las distracciones de una vida mundana, la experiencia como alumna de las religiosas agustinas de Santa María de las Gracias de Ávila y la lectura de libros espirituales, sobre todo clásicos de la espiritualidad franciscana, le en-

señan el recogimiento y la oración. A la edad de 20 años, entra en el monasterio carmelita de la Encarnación, también en Ávila; en la vida religiosa, toma el nombre de Teresa de Jesús. Tres años después, enferma gravemente; tanto que permanece cuatro días en coma, aparentemente muerta (cf. *Vida* 5, 9). Incluso en la lucha contra sus enfermedades, la santa ve el combate contra las debilidades y las resistencias a la llamada de Dios: «Deseaba vivir -escribe-, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí y yo dejádole» (*Vida* 8, 2). En 1543, pierde la cercanía de sus familiares: su padre muere y todos sus hermanos emigran, uno tras otro, a América. En la Cuaresma de 1554, a los 39 años, Teresa alcanza la cima de la lucha contra sus debilidades. El descubrimiento fortuito de la estatua de «un Cristo muy llagado» (*Vida* 9, 1) marca profundamente su vida. La santa, que, en aquel período, encuentra profunda consonancia con el san Agustín de las Confesiones, describe así el día decisivo de su experiencia mística: «Acaeciame... venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en él» (*Vida* 10, 1).

Paralelamente a la maduración de su interioridad, la santa comienza a de-

sarrollar concretamente el ideal de reforma de la Orden carmelita: en 1562, funda en Ávila, con el apoyo del obispo de la ciudad, don Álvaro de Mendoza, el primer Carmelo reformado, y poco después recibe también la aprobación del superior general de la Orden, Giovanni Battista Rossi. En los años sucesivos, prosigue las fundaciones de nuevos Carmelos, en total diecisiete. Es fundamental el encuentro con san Juan de la Cruz, con quien, en 1568, constituye en Duruelo, cerca de Ávila, el primer convento de Carmelitas Descalzos. En 1580, obtiene de Roma la erección como provincia autónoma para sus Carmelos reformados, punto de partida de la Orden religiosa de los Carmelitas Descalzos. La vida terrena de Teresa termina precisamente mientras está comprometida en la actividad de fundación. En efecto, en 1582, después de haber constituido el Carmelo de Burgos y mientras se encuentra camino de regreso a Ávila, muere la noche del 15 de octubre en Alba de Tormes, repitiendo humildemente dos expresiones: «Al final, muero como hija de la Iglesia» y «Ya es hora, Esposo mío, de que nos veamos». Una existencia consumida dentro de España, pero entregada por toda la Iglesia. Beatificada en 1614 por el Papa Pablo V y canonizada por Gregorio XV en 1622, el siervo de Dios Pablo VI la proclama «doctora de la Iglesia» en 1970.

Teresa de Jesús no tenía una formación académica, pero siempre sacó provecho de las enseñanzas de teólo-

gos, literatos y maestros espirituales. Como escritora, siempre se atuvo a lo que personalmente había vivido o había visto en la experiencia de otros (cf. *Prólogo al Camino de perfección*), es decir, a la experiencia. Teresa teje relaciones de amistad espiritual con numerosos santos, en particular con san Juan de la Cruz. Al mismo tiempo, se alimenta con la lectura de los Padres de la Iglesia, san Jerónimo, san Gregorio Magno, san Agustín. Entre sus principales obras, hay que recordar ante todo la autobiografía, titulada *Libro de la vida*, que ella llama Libro de las misericordias del Señor. Compuesta en el Carmelo de Ávila en 1565, refiere el itinerario biográfico y espiritual, escrito, como afirma la propia Teresa, para someter su alma al discernimiento del «Maestro de los espirituales», san Juan de Ávila. El objetivo es poner de relieve la presencia y la acción de Dios misericordioso en su vida: por esto, la obra refiere a menudo su diálogo de oración con el Señor. Es una lectura que fascina, porque la santa no sólo cuenta, sino que muestra que revive la experiencia profunda de su relación con Dios. En 1566, Teresa escribe el *Camino de perfección*, que ella llama Avisos y consejos que da Teresa de Jesús a sus hermanas. Las destinatarias son las doce novicias del Carmelo de san José en Ávila. Teresa les propone un intenso programa de vida contemplativa al servicio de la Iglesia, cuya base son las virtudes evangélicas y la oración. Entre los pasajes más preciosos está el comentario al Padre nuestro, modelo de oración.

La obra mística más famosa de santa Teresa es el *Castillo interior*, escrito en 1577, en plena madurez. Se trata de una relectura de su propio camino de vida espiritual y, al mismo tiempo, de una codificación del posible desarrollo de la vida cristiana hacia su plenitud, la santidad, bajo la acción del Espíritu Santo. Teresa se refiere a la estructura de un castillo con siete moradas, como imagen de la interioridad del hombre, introduciendo, al mismo tiempo, el símbolo del gusano de seda que renace mariposa, para expresar el paso de lo natural a lo sobrenatural. La santa se inspira en la Sagrada Escritura, en particular en el *Cantar de los cantares*, por el símbolo final de los «dos esposos», que le permite describir, en la séptima morada, el culmen de la vida cristiana en sus cuatro aspectos: trinitario, cristológico, antropológico y eclesial. A su actividad de fundadora de los Carmelos reformados Teresa dedica el *Libro de las fundaciones*, escrito entre 1573 y 1582, en el cual habla de la vida del grupo religioso naciente. Como en la autobiografía, la narración trata de poner de relieve sobre todo la acción de Dios en la obra de fundación de los nuevos monasterios.

No es fácil resumir en pocas palabras la profunda y articulada espiritualidad teresiana. Quiero mencionar algunos puntos esenciales. En primer lugar, santa Teresa propone las virtudes evangélicas como base de toda la vida cristiana y humana: en particular, el desapego de los bienes o pobreza

evangélica, y esto nos atañe a todos; el amor mutuo como elemento esencial de la vida comunitaria y social; la humildad como amor a la verdad; la determinación como fruto de la audacia cristiana; la esperanza teologal, que describe como sed de agua viva. Sin olvidar las virtudes humanas: afabilidad, veracidad, modestia, amabilidad, alegría, cultura. En segundo lugar, santa Teresa propone una profunda sintonía con los grandes personajes bíblicos y la escucha viva de la Palabra de Dios. Ella se siente en consonancia sobre todo con la esposa del *Cantar de los cantares* y con el apóstol san Pablo, además del Cristo de la Pasión y del Jesús eucarístico.

Asimismo, la santa subraya cuán esencial es la oración; rezar, dice, significa «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8, 5). La idea de santa Teresa coincide con la definición que santo Tomás de Aquino da de la caridad teologal, como «amicitia quaedam hominis ad Deum», un tipo de amistad del hombre con Dios, que fue el primero en ofrecer su amistad al hombre; la iniciativa viene de Dios (cf. *Summa Theologiae* ii-ii, 23, 1). La oración es vida y se desarrolla gradualmente a la vez que crece la vida cristiana: comienza con la oración vocal, pasa por la interiorización a través de la meditación y el recogimiento, hasta alcanzar la unión de amor con Cristo y con la santísima Trinidad. Obviamente no se trata de un desarrollo en

el cual subir a los escalones más altos signifique dejar el precedente tipo de oración, sino que es más bien una profundización gradual de la relación con Dios que envuelve toda la vida. Más que una pedagogía de la oración, la de Teresa es una verdadera «mistagogia»: al lector de sus obras le enseña a orar rezando ella misma con él; en efecto, con frecuencia interrumpe el relato o la exposición para prorrumper en una oración.

Otro tema importante para la santa es la centralidad de la humanidad de Cristo. Para Teresa, de hecho, la vida cristiana es relación personal con Jesús, que culmina en la unión con él por gracia, por amor y por imitación. De aquí la importancia que ella atribuye a la meditación de la Pasión y a la Eucaristía, como presencia de Cristo, en la Iglesia, para la vida de cada creyente y como corazón de la liturgia. Santa Teresa vive un amor incondicional a la Iglesia: manifiesta un vivo «sensus Ecclesiae» frente a los episodios de división y conflicto en la Iglesia de su tiempo. Reforma el Orden carmelita con la intención de servir y defender mejor a la «santa Iglesia católica romana», y está dispuesta a dar la vida por ella (cf. *Vida* 33, 5).

Un último aspecto esencial de la doctrina teresiana, que quiero subrayar, es la perfección, como aspiración de toda la vida cristiana y meta final de la misma. La santa tiene una idea muy clara de la «plenitud» de Cristo, que el cris-

tiano revive. Al final del recorrido del *Castillo interior*, en la última «morada» Teresa describe esa plenitud, realizada en la inhabitación de la Trinidad, en la unión con Cristo a través del misterio de su humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, santa Teresa de Jesús es verdadera maestra de vida cristiana para los fieles de todos los tiempos. En nuestra sociedad, a menudo carente de valores espirituales, santa Teresa nos enseña a ser testigos incansables de Dios, de su presencia y de su acción; nos enseña a sentir realmente esta sed de Dios que existe en lo más hondo de nuestro corazón, este deseo de ver a Dios, de buscar a Dios, de estar en diálogo con él y de ser sus amigos. Ésta es la amistad que todos necesitamos y que debemos buscar de nuevo, día tras día. Que el ejemplo de esta santa, profundamente contemplativa y eficazmente activa, nos impulse también a nosotros a dedicar cada día el tiempo adecuado a la oración, a esta apertura hacia Dios, a este camino para buscar a Dios, para verlo, para encontrar su amistad y así la verdadera vida; porque realmente muchos de nosotros deberían decir: «no vivo, no vivo realmente, porque no vivo la esencia de mi vida». Por esto, el tiempo de la oración no es tiempo perdido; es tiempo en el que se abre el camino de la vida, se abre el camino para aprender de Dios un amor ardiente a él, a su Iglesia, y una caridad concreta para con nuestros hermanos. Gracias.

## ***Sala Pablo VI. Miércoles, 9 de febrero de 2011***

### **San Pedro Canisio**

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablaros de san Pedro Kanis -Canisio en la forma latinizada de su apellido-, una figura muy importante en el ámbito católico del siglo XVI. Nació el 8 de mayo de 1521 en Nimega, Holanda. Su padre era burgo maestro de la ciudad. Cuando era estudiante en la Universidad de Colonia, frecuentó a los monjes cartujos de santa Bárbara, un centro propulsor de vida católica, y a otros hombres piadosos que cultivaban la espiritualidad de la llamada devotio moderna. Entró en la Compañía de Jesús el 8 de mayo de 1543 en Maguncia (Renania – Palatinado), después de hacer ejercicios espirituales bajo la guía del beato Pedro Fabro -Pierre Favre-, uno de los primeros compañeros de san Ignacio de Loyola. Ordenado sacerdote en junio de 1546 en Colonia, ya al año siguiente, como teólogo del obispo de Augusta, el cardenal Otto Truchsess von Waldburg, estuvo presente en el concilio de Trento, donde colaboró con otros dos jesuitas, Diego Laínez y Alfonso Salmerón.

En 1548, san Ignacio le hizo completar en Roma la formación espiritual y lo envió después al Colegio de Messina para que se ejercitara en humildes servicios domésticos. Obtuvo el docto-

rado en teología en Bolonia el 4 de octubre de 1549, y san Ignacio lo destinó al apostolado en Alemania. El 2 de septiembre de ese año, visitó al Papa Pablo III en Castelgandolfo y después fue a la basílica de San Pedro para rezar. Allí imploró la ayuda de los grandes santos Apóstoles Pedro y Pablo, a fin de que dieran eficacia permanente a la bendición apostólica para su gran destino, para su nueva misión. En su diario, anotó algunas palabras de esta oración. Dice: «Allí sentí que por medio de tales intercesores (Pedro y Pablo) se me concedía una gran consolación y la presencia de la gracia. Ellos confirmaban mi misión en Alemania y parecían transmitirme, en cuanto apóstol de Alemania, el apoyo de su benevolencia. Tú conoces, Señor, de cuántos modos y cuántas veces ese mismo día me encomendaste Alemania, por la cual desde entonces iba a seguir siendo solícito, por la cual habría deseado vivir y morir».

Debemos tener presente que nos encontramos en el tiempo de la Reforma luterana, en el momento en que la fe católica en los países de lengua alemana, ante la fascinación de la Reforma, parecía apagarse. Era una tarea casi imposible la de Canisio, encargado de revitalizar, renovar la fe católica en los países germánicos. Sólo era posible con la fuerza de la oración. Sólo era posible desde el centro, es decir, desde una profunda amistad personal con Jesucristo, amistad con Cristo en su Cuerpo, la Iglesia, que se debe alimentar en la Eucaristía, su presencia real.

Siguiendo la misión recibida de san Ignacio y del Papa Pablo III, Canisio partió para Alemania y, ante todo, para el ducado de Baviera, que por algunos años fue el lugar de su ministerio. Como decano, rector y vicescanciller de la Universidad de Ingolstadt, se ocupó de la vida académica del Instituto y de la reforma religiosa y moral del pueblo. En Viena, donde durante breve tiempo fue administrador de la diócesis, desempeñó el ministerio pastoral en los hospitales y en las cárceles, tanto en la ciudad como en zonas rurales, y preparó la publicación de su Catecismo. En 1556, fundó el Colegio de Praga y, hasta 1569, fue el primer superior de la provincia jesuita de la Alemania superior.

En este cargo, estableció en los países germánicos una tupida red de comunidades de su Orden, especialmente de colegios, que fueron puntos de partida para la reforma católica, para la renovación de la fe católica. En ese tiempo, participó también en el coloquio de Worms con los líderes protestantes, entre los cuales Philipp Melanchthon (1557); desempeñó el cargo de nuncio pontificio en Polonia (1558); participó en las dos Dietas de Augusta (1559 y 1565); acompañó al cardenal Estanislao Hozjusz, legado del Papa Pío IV ante el emperador Fernando (1560); intervino en la sesión final del concilio de Trento, donde habló de la cuestión de la Comunión bajo las dos especies y del Índice de libros prohibidos (1562).

En 1580, se retiró a Friburgo en Suiza, donde se dedicó plenamente a la predicación y a la composición de sus obras, y murió allí el 21 de diciembre de 1597. El beato Pío IX lo beatificó en 1864; el Papa León XIII, en 1897, lo proclamó segundo Apóstol de Alemania; y el Papa Pío XI, en 1925, lo canonizó y lo proclamó doctor de la Iglesia.

San Pedro Canisio pasó buena parte de su vida en contacto con las personas socialmente más importantes de su tiempo y ejerció una influencia especial con sus escritos. Fue editor de las obras completas de san Cirilo de Alejandría y de san León Magno, de las Cartas de san Jerónimo y de las Oraciones de san Nicolás de la Fluë. Publicó libros de devoción en varias lenguas, las biografías de algunos santos suizos y muchos textos de homilética. Pero sus escritos más difundidos fueron los tres Catecismos compuestos entre 1555 y 1558. El primer Catecismo estaba destinado a los estudiantes en condiciones de comprender nociones elementales de teología; el segundo a los muchachos del pueblo para una primera instrucción religiosa; el tercero a los muchachos con una formación escolar a nivel de escuelas medias y superiores. La doctrina católica se exponía con preguntas y respuestas, brevemente, en términos bíblicos, con mucha claridad y sin tonos polémicos. Sólo en el tiempo de su vida se hicieron doscientas ediciones de este Catecismo. Y hasta el siglo XX se sucedieron centenares de ediciones. Así, en

Alemania, incluso en la generación de mi padre, la gente llama al Catecismo simplemente el Canisio. Fue realmente el Catequista de Alemania, ha formado la fe de personas durante siglos.

Ésta es una característica de san Pedro Canisio: saber componer armoniosamente la fidelidad a los principios dogmáticos con el respeto debido a cada persona. San Canisio distinguía la apostasía consciente, culpable, de la fe, de la pérdida de la fe inculpable, en las circunstancias. Y, con respecto a Roma, declaró que la mayor parte de los alemanes que se habían pasado al protestantismo no tenían culpa. En un momento histórico de fuertes contrastes confesionales, evitaba -esto es algo extraordinario- la dureza y la retórica de la ira -algo raro, como he dicho, en aquellos tiempos en las discusiones entre cristianos- y solamente buscaba la presentación de las raíces espirituales y la revitalización de la fe en la Iglesia. Para ello le resultó útil el conocimiento vasto y penetrante que tenía de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia: el mismo conocimiento que sostuvo su relación personal con Dios y la austera espiritualidad que le derivaba de la devotio moderna y de la mística renana.

En la espiritualidad de san Canisio, es característica una profunda amistad personal con Jesús. Escribe, por ejemplo, el 4 de septiembre de 1549 en su diario, hablando con el Señor: «Tú, al final, como si me abrieras el corazón del Sacratísimo Cuerpo, que me pare-

cía ver ante mí, me mandaste que bebiera en ese manantial, invitándome, por decirlo así, a beber las aguas de mi salvación en tus fuentes, oh Salvador mío». Luego ve que el Salvador le da un vestido con tres partes, que se llaman paz, amor y perseverancia. Y con este vestido compuesto de paz, amor y perseverancia, Canisio llevó a cabo su obra de renovación del catolicismo. Su amistad con Jesús -que es el centro de su personalidad-, alimentada por el amor a la Biblia, por el amor al Sacramento, por el amor a los Padres, estaba claramente unida a la conciencia de ser en la Iglesia un continuador de la misión de los Apóstoles. Y esto nos recuerda que todo auténtico evangelizador siempre es un instrumento unido -y por eso fecundo- con Jesús y con su Iglesia.

En la amistad con Jesús, san Pedro Canisio se había formado en el ambiente espiritual de la Cartuja de Colonia, donde había estado en estrecho contacto con dos místicos cartujos: Johann Lansperger, latinizado como Lanspergius, y Nicolas van Hesche, latinizado como Eschius. Sucesivamente profundizó la experiencia de aquella amistad, familiaritas stupenda nimis, con la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, que ocupan gran parte en los Ejercicios espirituales de san Ignacio. Su intensa devoción al Corazón del Señor, que culminó en la consagración al ministerio apostólico en la basílica vaticana, encuentra aquí su fundamento.

En la espiritualidad cristocéntrica de san Pedro Canisio se arraiga una profunda convicción: no hay alma solícita de la propia perfección que no practique cada día la oración, la oración mental, medio ordinario que permite al discípulo de Jesús vivir la intimidad con el Maestro divino. Por eso, en los escritos destinados a la educación espiritual del pueblo, nuestro santo insiste en la importancia de la liturgia con sus comentarios a los Evangelios, a las fiestas, al rito de la santa misa y de los demás sacramentos, pero, al mismo tiempo, se cuida de mostrar a los fieles la necesidad y la belleza de que la oración personal diaria acompañe e impregne la participación en el culto público de la Iglesia.

Se trata de una exhortación y de un método que conservan intacto su valor, especialmente después de que el concilio Vaticano II los propusiera de nuevo con autoridad en la constitución *Sacrosanctum Concilium*: la vida cristiana no crece si no se alimenta con la participación en la liturgia, de modo particular en la santa misa dominical, y con la oración personal diaria, con el contacto personal con Dios. En medio de las mil actividades y de los múltiples estímulos que nos rodean, es necesario encontrar cada día momentos de recogimiento ante el Señor para escucharlo y hablar con él.

Al mismo tiempo, siempre es actual y de valor permanente el ejemplo que san Pedro Canisio nos dejó, no sólo en

sus obras, sino sobre todo con su vida. Nos enseña con claridad que el ministerio apostólico sólo es eficaz y produce frutos de salvación en los corazones si el predicador es testigo personal de Jesús y sabe ser instrumento a su disposición, estrechamente unido a él por la fe en su Evangelio y en su Iglesia, por una vida moralmente coherente y por una oración incesante como el amor. Y esto vale para todo cristiano que quiera vivir con compromiso y fidelidad su adhesión a Cristo. Gracias.

### **Sala Pablo VI. Miércoles. 16 de febrero de 2011**

#### **San Juan de la Cruz**

Queridos hermanos y hermanas:

Hace dos semanas, presenté la figura de la gran mística española Teresa de Jesús. Hoy quiero hablar de otro importante santo de aquellas tierras, amigo espiritual de santa Teresa, reformador, junto a ella, de la familia religiosa carmelita: san Juan de la Cruz, proclamado doctor de la Iglesia por el Papa Pío XI, en 1926, y llamado Doctor mysticus, «doctor místico», en la tradición.

Juan de la Cruz nació en 1542 en el pequeño pueblo de Fontiveros, cerca de Ávila, en Castilla la Vieja, de Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez. La familia era muy pobre, porque al

padre, de noble origen toledana, le habían echado de casa y desheredado por haberse casado con Catalina, una humilde tejedora de seda. Huérfano de padre en tierna edad, Juan, a los nueve años, se trasladó con su madre y su hermano Francisco a Medina del Campo, cerca de Valladolid, centro comercial y cultural. Allí frecuentó el Colegio de los Doctrinos, desempeñando también algunos humildes trabajos para las hermanas de la iglesia-convento de la Magdalena. Sucesivamente, dadas sus cualidades humanas y sus resultados en los estudios, fue admitido primero como enfermero en el Hospital de la Concepción, después en el Colegio de los Jesuitas que se acababa de fundar en Medina del Campo: aquí Juan entró con dieciocho años y estudió durante tres años humanidades, retórica y lenguas clásicas. Al final de la formación, tenía muy clara su vocación: la vida religiosa, y entre las numerosas órdenes presentes en Medina se sintió llamado al Carmelo.

En el verano de 1563, inició el noviciado en los Carmelitas de la ciudad, asumiendo el nombre religioso de Juan de San Matías. Al año siguiente, fue destinado a la prestigiosa Universidad de Salamanca, donde estudió durante un trienio artes y filosofía. En 1567 fue ordenado sacerdote y regresó a Medina del Campo para celebrar su primera misa rodeado del afecto de sus familiares. Precisamente aquí tuvo lugar el primer encuentro entre Juan y Teresa de Jesús. El encuentro fue decisivo para ambos:

Teresa le expuso su plan de reforma del Carmelo, también en la rama masculina de la Orden, y propuso a Juan que se adhiriera «para mayor gloria de Dios»; el joven sacerdote quedó fascinado por las ideas de Teresa, tanto que se convirtió en un gran defensor del proyecto. Los dos trabajaron juntos algunos meses, compartiendo ideales y propuestas para inaugurar lo antes posible la primera casa de Carmelitas Descalzos: la apertura tuvo lugar el 28 de diciembre de 1568 en Duruelo, un lugar solitario de la provincia de Ávila. Formaban esta primera comunidad masculina reformada, junto a Juan, otros tres compañeros. Al renovar su profesión religiosa según la Regla primitiva, los cuatro adoptaron un nuevo nombre: Juan se llamó entonces «de la Cruz», como será universalmente conocido más tarde. A finales de 1572, a petición de santa Teresa, se convirtió en confesor y vicario del monasterio de la Encarnación de Ávila, donde la santa era priora. Fueron años de estrecha colaboración y amistad espiritual, que enriqueció a ambos. Asimismo, se remontan a aquel período las obras teresianas más importantes y los primeros escritos de Juan.

La adhesión a la reforma del Carmelo no fue fácil y a Juan le costó también graves sufrimientos. El episodio más traumático fue, en 1577, su secuestro y encarcelación en el convento de los Carmelitas de la Antigua Observancia de Toledo, a causa de una acusación injusta. El santo permaneció encarcelado durante meses, sometido a privaciones

y constricciones físicas y morales. Allí compuso, junto a otras poesías, el célebre *Cántico espiritual*. Finalmente, en la noche entre el 16 y el 17 de agosto de 1578, logró escapar de modo aventurado, refugiándose en el monasterio de las Carmelitas Descalzas de la ciudad. Santa Teresa y los compañeros reformados celebraron con inmensa alegría su libertad y, después de un breve tiempo de recuperación de las fuerzas, Juan fue destinado a Andalucía, donde pasó diez años en varios conventos, especialmente en Granada. Asumió cargos cada vez más importantes en el Orden, hasta llegar a ser vicario provincial, y completó la redacción de sus tratados espirituales. Después regresó a su tierra natal, como miembro del gobierno general de la familia religiosa teresiana, que gozaba entonces de plena autonomía jurídica. Vivió en el Carmelo de Segovia, donde fue superior de la comunidad. En 1591, fue eximido de toda responsabilidad y destinado a la nueva provincia religiosa de México. Mientras se preparaba para el largo viaje con otros diez compañeros, se retiró a un convento solitario cerca de Jaén, donde enfermó gravemente. Juan afrontó con ejemplar serenidad y paciencia enormes sufrimientos. Murió la noche del 13 y al 14 de diciembre de 1591, mientras los hermanos rezaban el Oficio matutino. Se despidió de ellos diciendo: «Hoy voy a cantar el Oficio en el cielo». Sus restos mortales fueron trasladados a Segovia. Fue beatificado por Clemente X en 1675 y canonizado por Benedicto XIII en 1726.

Juan está considerado como uno de los poetas líricos más importantes de la literatura española. Sus mayores obras son cuatro: *Subida al Monte Carmelo*, *Noche oscura*, *Cántico espiritual* y *Llama de amor viva*.

En *Cántico espiritual*, san Juan presenta el camino de purificación del alma, es decir, la progresiva posesión gozosa de Dios, hasta que el alma llega a sentir que ama a Dios con el mismo amor con el cual es amada por él. *Llama de amor viva* prosigue en esta perspectiva, describiendo más detalladamente el estado de unión transformador con Dios. La comparación que utiliza Juan siempre es la del fuego: igual que el fuego, que cuanto más arde y consume la madera, más incandescente se hace hasta convertirse en llama, así el Espíritu Santo, que durante la noche oscura purifica y «limpia» el alma, con el tiempo la ilumina y la calienta como si fuera una llama. La vida del alma es una continua fiesta del Espíritu Santo, que deja entrever la gloria de la unión con Dios en la eternidad.

*Subida al Monte Carmelo* presenta el itinerario espiritual desde el punto de vista de la purificación progresiva del alma, necesaria para escalar la cima de la perfección cristiana, simbolizada por la cima del Monte Carmelo. Esta purificación se propone como un camino que el hombre emprende, colaborando con la acción divina, para liberar el alma de todo apego o afecto contrario a la voluntad de Dios. La purificación,

que para llegar a la unión de amor con Dios debe ser total, comienza por la de la vida de los sentidos y prosigue con la que se obtiene por medio de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, que purifican la intención, la memoria y la voluntad. *Noche oscura* describe el aspecto «pasivo», o sea la intervención de Dios en el proceso de «purificación» del alma. De hecho, el esfuerzo humano por sí solo es incapaz de llegar a las raíces profundas de las inclinaciones y de las malas costumbres de la persona: sólo las puede frenar, pero no extirparlas completamente. Para hacerlo, es necesaria la acción especial de Dios que purifica radicalmente el espíritu y lo dispone a la unión de amor con él. San Juan define «pasiva» esa purificación, precisamente porque aunque es aceptada por el alma, la realiza la acción misteriosa del Espíritu Santo que, como llama de fuego, consume toda impureza. En este estado, el alma está sometida a todo tipo de pruebas, como si se encontrara en una noche oscura.

Estas indicaciones sobre las obras principales del santo nos ayudan a acercarnos a los puntos más destacados de su vasta y profunda doctrina mística, cuyo objetivo es describir un camino seguro para alcanzar la santidad, el estado de perfección al cual Dios nos llama a todos. Según Juan de la Cruz, todo lo que existe, creado por Dios, es bueno. A través de sus criaturas, nosotros podemos descubrir a aquel que en ellas ha dejado una huella de sí mismo. La fe, en cualquier caso, es la única fuente que

se le da al hombre para conocer a Dios tal como es en sí mismo, como Dios uno y trino. Todo lo que Dios quería comunicar al hombre lo ha dicho en Jesucristo, su Palabra hecha carne. Él es el único y definitivo camino al Padre (cf. *Jn* 14, 6). Cualquier cosa creada no es nada en comparación con Dios y nada vale fuera de él: en consecuencia, para alcanzar el amor perfecto de Dios, cualquier otro amor debe conformarse en Cristo al amor divino. De aquí deriva la insistencia de san Juan de la Cruz en la necesidad de la purificación y del vaciamiento interior para transformarse en Dios, que es la meta única de la perfección. Esta «purificación» no consiste en la simple carencia física de las cosas o de su uso; lo que hace al alma pura y libre, en cambio, es eliminar toda dependencia desordenada de las cosas. Hay que situar todo en Dios como centro y fin de la vida. El largo y fatigoso proceso de purificación exige el esfuerzo personal, pero el verdadero protagonista es Dios: todo lo que el hombre puede hacer es «estar dispuesto», estar abierto a la acción divina y no ponerle obstáculos. Viviendo las virtudes teologales, el hombre se eleva y da valor al propio compromiso. El ritmo de crecimiento de la fe, de la esperanza y de la caridad va al paso con la obra de purificación y con la progresiva unión con Dios hasta transformarse en él. Cuando se llega a esta meta, el alma se sumerge en la misma vida trinitaria, de modo que san Juan afirma que llega a amar a Dios con el mismo amor con el que él la ama, porque la ama en

el Espíritu Santo. Por este motivo, el doctor místico sostiene que no existe verdadera unión de amor con Dios si no culmina en la unión trinitaria. En este estado supremo al alma santa, conoce todo en Dios y ya no debe pasar a través de las criaturas para llegar a él. El alma se siente entonces inundada por el amor divino y se alegra completamente en él.

Queridos hermanos y hermanas, al final queda la pregunta: este santo, con su alta mística, con este arduo camino hacia la cima de la perfección, ¿tiene algo que decirnos también a nosotros, al cristiano normal que vive en las circunstancias de esta vida de hoy, o es un ejemplo, un modelo sólo para pocas almas elegidas que pueden realmente emprender este camino de la purificación, de la subida mística? Para encontrar la respuesta debemos ante todo tener presente que la vida de san Juan de la Cruz no fue un «volar en nubes místicas», sino que fue una vida muy dura, muy práctica y concreta, tanto como reformador de la Orden, donde encontró muchas oposiciones, como superior provincial, como en la cárcel de sus hermanos, donde estaba expuesto a insultos increíbles y a malos tratos físicos. Fue una vida dura, pero precisamente en los meses pasados en la cárcel escribió una de sus obras más hermosas. Y así podemos entender que el camino con Cristo, ir con Cristo, «el Camino», no es un peso añadido al ya suficientemente duro fardo de nuestra vida, no es algo que haga más pesado

esta carga, sino que es una cosa totalmente distinta, es una luz, una fuerza, que nos ayuda a llevar este peso. Si un hombre lleva dentro de sí un gran amor, este amor le da casi alas, y soporta más fácilmente todas las molestias de la vida, porque lleva en sí esta gran luz; esta es la fe: ser amado por Dios y dejarse amar por Dios en Jesucristo. Este dejarse amar es la luz que nos ayuda a llevar el peso de cada día. Y la santidad no es una obra nuestra, muy difícil, sino precisamente esta «apertura»: abrir las ventanas de nuestra alma para que la luz de Dios pueda entrar; no olvidar a Dios porque precisamente en la apertura a su luz se encuentra fuerza, se encuentra la alegría de los redimidos. Oremos al Señor para que nos ayude a encontrar esta santidad, dejarse amar por Dios, que es la vocación de todos y la verdadera redención. Gracias.

*Sala Pablo VI. Miércoles 23, de febrero de 2011.*

### **San Roberto Belarmino**

Queridos hermanos y hermanas:

San Roberto Belarmino, del cual deseo hablaros hoy, nos lleva con la memoria al tiempo de la dolorosa escisión de la cristiandad occidental, cuando una grave crisis política y religiosa provocó la separación de naciones enteras de la Sede apostólica.

Nació el 4 de octubre de 1542 en Montepulciano, cerca de Siena. Era sobrino, por parte de madre, del Papa Marcelo II. Recibió una excelente formación humanística antes de entrar en la Compañía de Jesús el 20 de septiembre de 1560. Los estudios de filosofía y teología, que realizó entre el Colegio Romano, Padua y Lovaina, centrados en santo Tomás y en los Padres de la Iglesia, fueron decisivos para su orientación teológica. Ordenado sacerdote el 25 de marzo de 1570, fue durante algunos años profesor de teología en Lovaina. Sucesivamente, llamado a Roma como profesor en el Colegio Romano, se le encomendó la cátedra de «Apologética»; durante la década en la que ocupó ese cargo (1576 – 1586) elaboró un curso de lecciones que confluyeron después en las *Controversiae*, obra que en seguida se hizo célebre por la claridad y la riqueza de contenidos y por su corte predominantemente histórico. Hacía poco que se había concluido el concilio de Trento y la Iglesia católica necesitaba afianzar y confirmar su identidad, también respecto a la Reforma protestante. La acción de Belarmino se insertó en este contexto. De 1588 a 1594 fue primero padre espiritual de los estudiantes jesuitas del Colegio Romano, entre los cuales encontró y dirigió a san Luis Gonzaga, y después superior religioso. El Papa Clemente VIII lo nombró teólogo pontificio, consultor del Santo Oficio y rector del Colegio de los Penitenciaros de la basílica de San Pedro. Al bienio 1597–1598 se remonta su catecismo,

*Doctrina cristiana breve*, que fue su trabajo más popular.

El 3 de marzo de 1599, fue creado cardenal por el Papa Clemente VIII y, el 18 de marzo de 1602, fue nombrado arzobispo de Capua. Recibió la ordenación episcopal el 21 de abril del mismo año. En los tres años en los que fue obispo diocesano, se distinguió por el celo de predicador en su catedral, por la visita que realizaba semanalmente a las parroquias, por los tres Sínodos diocesanos y un Concilio provincial que organizó. Después de participar en los cónclaves que eligieron Papas a León XI y Pablo V, fue llamado a Roma, donde fue miembro de las Congregaciones del Santo Oficio, del Índice, de los Ritos, de los Obispos y de la Propagación de la Fe. Asimismo, desempeñó encargos diplomáticos, ante la República de Venecia y ante Inglaterra, en defensa de los derechos de la Sede apostólica. En sus últimos años, compuso varios libros de espiritualidad, en los que condensó el fruto de sus ejercicios espirituales anuales. De su lectura, el pueblo cristiano obtiene todavía hoy gran edificación. Murió en Roma el 17 de septiembre de 1621. El Papa Pío XI lo beatificó en 1923, lo canonizó en 1930 y lo proclamó doctor de la Iglesia en 1931.

San Roberto Belarmino desempeñó un papel importante en la Iglesia de las últimas décadas del siglo XVI y de las primeras del siglo sucesivo. Sus *Controversiae* constituyen un punto de referencia todavía válido para la eclesio-

logía católica sobre las cuestiones acerca de la Revelación, la naturaleza de la Iglesia, los sacramentos y la antropología teológica. En ellas, aparece acentuado el aspecto institucional de la Iglesia, con motivo de los errores que entonces circulaban sobre esas cuestiones. Sin embargo, Belarmino aclaró también los aspectos invisibles de la Iglesia como Cuerpo místico y los ilustró con la analogía del cuerpo y del alma, a fin de describir la relación entre las riquezas interiores de la Iglesia y los aspectos exteriores que la hacen perceptible. En esta obra monumental, que trata de sistematizar las diversas controversias teológicas de la época, evita todo detalle polémico y agresivo respecto a las ideas de la Reforma, pero, utilizando los argumentos de la razón y de la Tradición de la Iglesia, ilustra de modo claro y eficaz la doctrina católica.

Sin embargo, su herencia está en el modo como concibió su trabajo. Las gravosas funciones de gobierno no le impidieron, de hecho, aspirar diariamente a la santidad con la fidelidad a las exigencias de su estado de religioso, sacerdote y obispo. De esta fidelidad deriva su compromiso en la predicación. Al ser, como sacerdote y obispo, ante todo un pastor de almas, sintió el deber de predicar asiduamente. Son centenares los sermones -las homilias- que pronunció en Flandes, en Roma, en Nápoles y en Capua con ocasión de las celebraciones litúrgicas. No menos abundantes son sus exposiciones y sus explanaciones a los párrocos, a las re-

ligiosas, a los estudiantes del Colegio Romano, que con frecuencia tienen por objeto la Sagrada Escritura, especialmente las cartas de san Pablo. Su predicación y sus catequesis presentan el mismo carácter de esencialidad que había aprendido de la educación ignaciana, toda ella dirigida a concentrar las fuerzas del alma en el Señor Jesús intensamente conocido, amado e imitado.

En los escritos de este hombre de gobierno, se percibe con mucha claridad, aun en la discreción detrás de la cual oculta sus sentimientos, la primacía que asigna a las enseñanzas de Cristo. San Roberto Belarmino ofrece así un modelo de oración, alma de toda actividad: una oración que escucha la Palabra del Señor, que se sacia contemplando su grandeza, que no se repliega en sí misma, sino que se alegra de abandonarse a Dios. Un signo distintivo de la espiritualidad de Belarmino es la percepción viva y personal de la inmensa bondad de Dios, por lo que nuestro santo se sentía realmente hijo amado por Dios y era fuente de gran alegría recogerse, con serenidad y sencillez, en oración, en contemplación de Dios. En su libro *De ascensione mentis in Deum* -Elevación de la mente a Dios- compuesto según el esquema del *Itinerarium* de san Buenaventura, exclama: «Oh alma, tu modelo es Dios, belleza infinita, luz sin sombras, esplendor que supera el de la luna y el sol. Levanta los ojos a Dios, en el cual se encuentran los arquetipos de todas las cosas, y del cual, como de una fuente de infinita fecundidad, de-

riva esta variedad casi infinita de las cosas. Por tanto, debes concluir: quien encuentra a Dios lo encuentra todo, quien pierde a Dios lo pierde todo».

En este texto, se escucha el eco de la célebre contemplatio ad amorem obtinendum -contemplación para alcanzar amor- de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Belarmino, que vive en la fastuosa y a menudo malsana sociedad de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, saca de esta contemplación aplicaciones prácticas y proyecta la situación de la Iglesia de su tiempo con profundo sentido pastoral. En el libro *De arte bene moriendi -El arte de morir bien-* por ejemplo, indica como norma segura de vivir bien, y también de morir bien, meditar con frecuencia y seriamente que habrá que dar cuentas a Dios de las propias acciones y del propio modo de vivir, y tratar de no acumular riquezas en esta tierra, sino de vivir con sencillez y con caridad para acumular bienes en el cielo. En el libro *De gemitu columbae* -el gemido de la paloma, donde la paloma representa a la Iglesia- llama con fuerza al clero y a todos los fieles a una reforma personal y concreta de la propia vida siguiendo lo que enseñan la Escritura y los santos, entre los cuales cita en particular a san Gregorio Nacianceno, san Juan Crisóstomo, san Jerónimo y san Agustín, así como a los grandes fundadores de Órdenes religiosas como san Benito, santo Domingo y san Francisco. Belarmino enseña con gran claridad y con el ejemplo de su vida que no puede haber

auténtica reforma de la Iglesia si antes no tiene lugar nuestra reforma personal y la conversión de nuestro corazón.

De los Ejercicios espirituales de san Ignacio, Roberto Belarmino sacaba consejos para comunicar de modo profundo, incluso a los más sencillos, las bellezas de los misterios de la fe. Escribe: «Si tienes sabiduría, comprendes que eres creado para la gloria de Dios y para tu eterna salvación. Éste es tu fin, este el centro de tu alma, este el tesoro de tu corazón. Por eso, considera auténtico bien para ti lo que te lleva a tu fin, y auténtico mal lo que te impide alcanzarlo. El sabio no debe ni buscar acontecimientos prósperos o adversos, riquezas y pobreza, salud y enfermedad, honores y ultrajes, vida y muerte, ni huir de ellos de por sí. Son buenos y deseables sólo si contribuyen a la gloria de Dios y a tu felicidad eterna; son malos y hay que huir de ellos si la obstaculizan» (*De ascensione mentis in Deum*, grad. 1).

Obviamente, estas palabras no pasan de moda; deberíamos meditarlas largamente a fin de orientar nuestro camino en esta tierra. Nos recuerdan que el fin de nuestra vida es el Señor, el Dios que se reveló en Jesucristo, en el cual él sigue llamándonos y prometiéndonos la comunión con él. También nos recuerdan la importancia de confiar en el Señor, de darlo todo en una vida fiel al Evangelio, de aceptar e iluminar con la fe y con la oración toda circunstancia y toda acción de nuestra vida, buscando siempre la unión con él. Amén.

## DISCURSOS

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los miembros de la Comisión  
Mixta Internacional para el diálogo  
teológico entre la Iglesia Católica y  
las Iglesias Ortodoxas*

*Viernes, 28 de enero de 2011*

Eminencias, excelencias, queridos hermanos en Cristo:

Para mí, es una gran alegría daros la bienvenida, miembros de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias orientales ortodoxas. A través de vosotros, extendiendo de buen grado un saludo fraterno a mis venerables hermanos jefes de las Iglesias orientales ortodoxas.

Agradezco el trabajo de la Comisión, que comenzó en enero de 2003 como una iniciativa conjunta de las autoridades eclesiales de la familia de las Iglesias orientales ortodoxas y del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos.

Como sabéis, el resultado de la primera fase de este diálogo, de 2003 a 2009, fue el texto común titulado *Naturaleza, constitución y misión de la Iglesia*. El documento subrayaba aspectos de los principios eclesiológicos fundamentales que compartimos e identificaba cuestiones que requerían una reflexión más pro-

funda en fases sucesivas del diálogo. No podemos menos de estar agradecidos por el hecho de que, después de casi quince siglos de separación, seguimos de acuerdo sobre la naturaleza sacramental de la Iglesia, sobre la sucesión apostólica en el servicio sacerdotal y sobre la apremiante necesidad de testimoniar en el mundo el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

En la segunda fase, la Comisión ha reflexionado desde una perspectiva histórica sobre las modalidades según las cuales las Iglesias han expresado su comunión a lo largo de los siglos. Durante el encuentro de esta semana habéis profundizado vuestro estudio de la comunión y la comunicación que existían entre las Iglesias hasta mediados del siglo V de la historia cristiana, así como sobre el papel que desempeñó el monaquismo en la vida de la Iglesia primitiva.

Debemos confiar en que vuestra reflexión teológica lleve a nuestras Iglesias no sólo a comprenderse mutuamente de modo más profundo, sino también a continuar con firmeza nuestro camino de forma decisiva hacia la plena comunión a la que nos llama la voluntad de Cristo. Por esta intención hemos elevado nuestra plegaria común durante la Semana de oración por la unidad de los cristianos que acabamos de concluir.

Muchos de vosotros procedéis de regiones donde los fieles y las comunidades cristianas deben afrontar pruebas y dificultades que son para nosotros causa de profunda preocupación. Es preciso que todos los cristianos cooperen en la aceptación y la confianza mutua a fin de servir la causa de la paz y de la justicia. Que la intercesión y el ejemplo de los numerosos mártires y santos que han dado valiente testimonio de Cristo en todas nuestras Iglesias os sostengan y fortalezcan a vosotros y a vuestras comunidades cristianas.

Con sentimientos de afecto fraterno, invoco sobre todos vosotros la gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
al Pontificio Colegio Etíope en el  
Vaticano***

*Sala de los Papas. Sábado, 29 de enero  
de 2011*

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra acogeros en la feliz circunstancia del 150° aniversario del nacimiento al cielo de san Justino De Jacobis. Os saludo cordialmente a cada uno, queridos sacerdotes y seminaristas del Pontificio Colegio Etíope, que la Divina Providencia dispuso que vivierais cerca del sepulcro del apóstol san Pedro, signo de los antiguos y profundos vínculos de comunión que unen a la Iglesia en Etiopía y en Eritrea con la Sede Apostólica. Saludo de

modo especial al rector, padre Teclezghi Bahta, a quien agradezco las amables palabras con las cuales ha introducido nuestro encuentro, recordando las diversas y significativas circunstancias que lo han motivado. Os acojo hoy con especial afecto y, junto a vosotros, deseo recordar a vuestras comunidades de origen.

Ahora quiero detenerme en la luminosa figura de san Justino De Jacobis, del cual el pasado 31 de julio celebrasteis el significativo aniversario. Digno hijo de san Vincente de Paúl, san Justino vivió de modo ejemplar su «hacerse todo a todos», especialmente al servicio del pueblo abisinio. Enviado como misionero a Tigrai, en Etiopía, a los treinta y ocho años por el entonces prefecto de Propaganda Fide, el cardenal Franzoni, trabajó primero en Adua y después en Guala, donde pensó en seguida en formar a sacerdotes etíopes, dando vida a un seminario llamado «Colegio de la Inmaculada». Con su diligente ministerio trabajó incansablemente para que aquella porción del pueblo de Dios recobrara el fervor originario de la fe, sembrada por el primer evangelizador san Frumencio (cf. PL 21, 473-80). Justino intuyó con clarividencia que la atención al contexto cultural debía ser un modo privilegiado con el cual la gracia del Señor iba a formar nuevas generaciones de cristianos. Aprendió la lengua local y favoreció la tradición litúrgica plurisecular del rito propio de aquellas comunidades, y se dedicó también a una eficaz obra ecuménica. Durante más de veinte años su generoso ministerio, sacerdotal primero

y episcopal después, benefició a cuantos encontraba y amaba como miembros vivos del pueblo a él encomendado.

Por su celo educativo, especialmente en la formación de los sacerdotes, es justo que se le considere el patrono de vuestro Colegio; en efecto, todavía hoy esta benemérita institución acoge a presbíteros y candidatos al sacerdocio sosteniéndolos en su empeño de preparación teológica, espiritual y pastoral. Al regresar a las comunidades de origen, o acompañando a vuestros compatriotas que han emigrado al extranjero, sabed suscitar en cada uno el amor a Dios y a la Iglesia, según el ejemplo de san Justino De Jacobis. Él coronó su fecunda contribución a la vida religiosa y civil de los pueblos abisinios con el don de su vida, silenciosamente entregada a Dios después de muchos sufrimientos y persecuciones. El venerable Pío XII lo beatificó el 25 de junio de 1939 y el siervo de Dios, Pablo VI, lo canonizó el 26 de octubre de 1975.

También para vosotros, queridos sacerdotes y seminaristas, está trazado el camino de la santidad. Cristo sigue estando presente en el mundo y sigue revelándose a través de aquellos que, como san Justino De Jacobis, se dejan animar por su Espíritu. Nos lo recuerda el concilio Vaticano II que, entre otras cosas, afirma: «Dios manifiesta de forma vigorosa a los hombres su presencia y su rostro en la vida de aquellos que, compartiendo nuestra misma humanidad, sin embargo se transforman más perfectamente a ima-

gen de Cristo (cf. 2 Co 3, 18). En ellos, él mismo nos habla y nos da un signo de su reino» (*Lumen gentium*, 50).

Cristo, el eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, que con la especial vocación al ministerio sacerdotal ha «conquistado» nuestra vida, no suprime las cualidades características de la persona; al contrario, las eleva, las ennoblece y, haciéndolas suyas, las llama a servir su misterio y su obra. Asimismo, Dios nos necesita a cada uno de nosotros «para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (*Ef 2, 7*). A pesar del carácter propio de la vocación de cada uno, no estamos separados entre nosotros; al contrario, somos solidarios, en comunión dentro de un único organismo espiritual. Estamos llamados a formar el Cristo total, una unidad recapitulada en el Señor, vivificada por su Espíritu para convertirnos en su «pléroma» y enriquecer el cántico de alabanza que él eleva al Padre. Cristo es inseparable de la Iglesia, que es su Cuerpo. En la Iglesia, Cristo une más estrechamente a sí a los bautizados y, alimentándolos en la mesa eucarística, los hace partícipes de su vida gloriosa (cf. *Lumen gentium*, 48). La santidad se sitúa, por tanto, en el corazón del misterio eclesial y es la vocación a la que estamos llamados todos. Los santos no son un adorno que reviste a la Iglesia por fuera, sino que son como las flores de un árbol que revelan la inagotable vitalidad de la savia que lo irriga. Es hermoso contemplar así a la Iglesia, de modo ascensional hacia la

plenitud del Vir perfectus; en continua, fatigosa, progresiva maduración; dinámicamente impulsada hacia el pleno cumplimiento en Cristo.

Queridos sacerdotes y seminaristas del Pontificio Colegio Etíope, vivid con alegría y entrega este período importante de vuestra formación, a la sombra de la cúpula de San Pedro: avanzad con decisión por el camino de la santidad. Vosotros sois un signo de esperanza, especialmente para la Iglesia en vuestros países de origen. Estoy seguro de que la experiencia de comunión vivida aquí en Roma os ayudará también a dar una valiosa contribución al crecimiento y a la convivencia pacífica de vuestras amadas naciones. Acompaño vuestro camino con mi oración y, por intercesión de san Justino De Jacobis y de la Virgen María, os imparto con afecto la bendición apostólica, que extendo de buen grado a las Hermanas de la Virgen Niña, al personal de la Casa y a todos vuestros seres queridos.

### ***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Comunidad de Emmanuel***

*Sala del Consistorio. Jueves, 3 de febrero de 2011*

Queridos hermanos en el episcopado; queridos amigos:

Me alegra acogeros ahora que la Comunidad del Emmanuel se prepara para celebrar el 20° aniversario de la

muerte de su fundador, Pierre Goursat, cuya causa de beatificación se introdujo el año pasado. Que el ejemplo de su vida de fe y el de su compromiso misionero os estimulen y sean para vosotros una llamada constante a caminar hacia la santidad. En los próximos meses celebraréis también los 30 años del servicio de FIDESCO en favor de los países más pobres, así como los 40 años de la fundación de la Comunidad y los 20 años del reconocimiento de sus Estatutos de parte del Consejo pontificio para los laicos. Junto a vosotros doy gracias a Dios por esta obra. Dirijo mi más cordial saludo a cada uno y cada una de vosotros, sacerdotes y laicos. Saludo en particular al moderador de la Comunidad -a quien agradezco las amables palabras que me ha dirigido-, a los miembros del Consejo internacional, a los responsables de los grandes servicios, así como a los obispos que provienen de la Comunidad. Que vuestra peregrinación a Roma al principio de este año jubilar sea ocasión para renovar vuestro compromiso de seguir siendo discípulos ardientes de Cristo en la fidelidad a la Iglesia y a sus pastores.

Queridos amigos, la gracia profunda de vuestra Comunidad viene de la adoración eucarística. De esta adoración, nace la compasión por todos los hombres y de esta compasión nace la sed de evangelizar (cf. Estatutos, Preámbulo I). En el espíritu de vuestro carisma, os aliento a profundizar vuestra vida espiritual reservando un lugar esencial al

encuentro personal con Cristo, el Emmanuel, Dios-con-nosotros, a fin de dejaros transformar por él y de que madure en vosotros el deseo apasionado de la misión. En la Eucaristía encontráis la fuente de todos vuestros compromisos en el seguimiento de Cristo, y en su adoración purificáis vuestra mirada sobre la vida del mundo. «En efecto, no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Este amor exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en él» (*Sacramentum caritatis*, 84). Una vida auténticamente eucarística es una vida misionera. En un mundo a menudo desorientado y que busca nuevas razones para vivir, es preciso llevar la luz de Cristo a todos. Estad en medio de los hombres y las mujeres de hoy como ardientes misioneros del Evangelio, sostenidos por una vida radicalmente aferrada por Cristo. Tened sed de anunciar la Palabra de Dios.

Hoy, la urgencia de este anuncio es especialmente evidente en las familias, con tanta frecuencia rotas, en los jóvenes y en los ambientes intelectuales. Contribuid a renovar desde dentro el dinamismo apostólico de las parroquias, desarrollando sus orientaciones espirituales y misioneras. Asimismo, os aliento a estar atentos a las personas que vuelven a la Iglesia y que no han recibido una catequesis profunda. Ayudadles a arraigar su fe en una vida auténticamente teológica, sacramental y

eclesial. El trabajo que realiza en particular FIDESCO testimonia también vuestro compromiso en favor de las poblaciones de los países más pobres. Que en todas partes vuestra caridad irradie el amor de Cristo y se convierta así en una fuerza para construir un mundo más justo y fraterno.

Invito especialmente a vuestra Comunidad a vivir una verdadera comunión entre sus miembros. Esta comunión, que no es simple solidaridad humana entre miembros de una misma familia espiritual, se basa en vuestra relación con Cristo y en un compromiso común de servirle. De este modo, la vida comunitaria que deseáis llevar, en el respeto del estado de vida de cada persona, será para la sociedad un testimonio vivo del amor fraterno que debe ser el alma de todas las relaciones humanas. La comunión fraterna ya es un anuncio del mundo nuevo que Cristo vino a instaurar.

Que esta misma comunión, que no significa replegarse en sí mismos, sea también efectiva con las Iglesias locales. En efecto, cada carisma hace referencia al crecimiento de todo el Cuerpo de Cristo. La acción misionera, por tanto, debe adaptarse incesantemente a las realidades de la Iglesia local, con una preocupación permanente de consonancia y de colaboración con los pastores, bajo la autoridad del obispo. Por otra parte, el reconocimiento mutuo de la diversidad de vocaciones en la Iglesia y de su contribución indispensable a la

evangelización es un signo elocuente de la unidad de los discípulos de Cristo y de la credibilidad de su testimonio.

La Virgen María, Madre del Emmanuel, ocupa un lugar importante en la espiritualidad de vuestra Comunidad. Acogedla «en vuestra casa», como hizo el discípulo amado, para que sea verdaderamente la madre que os guíe hacia su Hijo divino y os ayude a permanecer fieles a él. Encomendándoos a su intercesión maternal, de todo corazón os imparto a cada uno y a cada una de vosotros, así como a todos los miembros de la Comunidad del Emmanuel, la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Plenaria del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica***

*Sala del Consistorio. Viernes, 4 de febrero de 2011*

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Ante todo deseo saludar cordialmente al prefecto de la Signatura apostólica, el señor cardenal Raymond Leo Burke, a quien agradezco las palabras con las que ha introducido este encuentro. Saludo a los señores cardenales, y a los obispos miembros del Tribunal supremo, al secretario, a los oficiales y a to-

dos los colaboradores que desempeñan su ministerio cotidiano en el dicasterio. Dirijo también un cordial saludo a los referendarios y a los abogados.

Ésta es la primera oportunidad de encontrarme con el Tribunal de la Signatura apostólica después de la promulgación de la *Lex propria*, que firmé el 21 de junio de 2008. Precisamente en el transcurso de la preparación de esa ley surgió el deseo de los miembros de la Signatura de poder dedicar -en la forma común de todo dicasterio de la Curia romana (cf. const. ap. *Pastor bonus*, 28 de junio de 1988, art. 11; *Reglamento general de la Curia romana*, 30 de abril de 1999, art. 112-117)- una periódica congregatio plenaria a la promoción de la recta administración de la justicia en la Iglesia (cf. *Lex propria*, art. 112). La función de este Tribunal, de hecho, no se limita al ejercicio supremo de la función judicial, sino que también lleva a cabo como oficio propio, en el ámbito ejecutivo, la supervisión de la recta administración de la justicia en el Corpus Ecclesiae (cf. const. ap. *Pastor bonus*, art. 121; *Lex propria*, art. 32). Esto implica, entre otras cosas, como la *Lex propria* indica, la recogida actualizada de información sobre el estado y la actividad de los tribunales locales a través del informe anual que cada tribunal tiene que enviar a la Signatura apostólica; la organización y elaboración de los datos que vienen de ellos; la identificación de estrategias para la valoración de los recursos humanos e institucionales en los

tribunales locales, así como el ejercicio constante de la función de orientación dirigida a los moderadores de los tribunales diocesanos e interdiocesanos, a los que compete institucionalmente la responsabilidad directa de la administración de la justicia. Se trata de una obra coordinada y paciente, destinada sobre todo a proveer a los fieles una administración correcta de la justicia, rápida y eficiente, como pedí, respecto a las causas de nulidad matrimonial, en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*: «Donde existan dudas legítimas sobre la validez del matrimonio sacramental contraído, se debe hacer todo lo necesario para averiguar su fundamento. Es preciso también asegurar, con pleno respeto del derecho canónico, que haya tribunales eclesiásticos en el territorio, su carácter pastoral, así como su correcta y pronta actuación. En cada diócesis, ha de haber un número suficiente de personas preparadas para el adecuado funcionamiento de los tribunales eclesiásticos. Recuerdo que “es una obligación grave hacer que la actividad institucional de la Iglesia en los tribunales sea cada vez más cercana a los fieles”» (n. 29). En esa ocasión me referí a la instrucción *Dignitas connubii*, que da a los moderadores y a los ministros de los tribunales, bajo la forma de vademecum, las normas necesarias para que las causas matrimoniales de nulidad se traten y definan de la manera más rápida y segura. La actividad de esta Signatura apostólica está dirigida a asegurar que los tribunales eclesiásticos estén pre-

sentes en el territorio y que su ministerio sea adecuado a las justas exigencias de rapidez y sencillez a las que los fieles tienen derecho en el tratamiento de sus causas, cuando, según su competencia, promueve la erección de tribunales interdiocesanos; provee con prudencia la dispensa de los títulos académicos de los ministros de los tribunales, aunque verificando su pericia real en el derecho sustantivo y procesal; concede las necesarias dispensas de leyes procesales cuando el ejercicio de la justicia requiere, en un caso particular, la *relaxatio legis* para conseguir el fin pretendido por la ley. Ésta es también una obra importante de discernimiento y de aplicación de la ley procesal.

Ahora bien, la supervisión de la administración recta de la justicia sería insuficiente si no incluyera también la función de tutela de la recta jurisprudencia (cf. *Lex propria*, art. 111 § 1). Los instrumentos de conocimiento y de intervención, de los que la *Lex propria* y la posición institucional proveen a esta Signatura apostólica, permiten una acción que, en coordinación con el Tribunal de la Rota romana (cf. const. ap. *Pastor bonus*, art. 126), es providencial para la Iglesia. Las exhortaciones y las prescripciones con las que esta Signatura apostólica acompaña las respuestas a los informes anuales de los tribunales locales, con frecuencia recomiendan a los respectivos moderadores el conocimiento y la adhesión tanto a las directrices propuestas en los discursos pontificios anuales a la Rota romana, como a la jurisprudencia

rotal común sobre aspectos específicos que resultan urgentes para los diversos tribunales. Por tanto, aliento también la reflexión, a la que os dedicaréis en estos días, sobre la recta jurisprudencia que hay que proponer a los tribunales locales en materia de error iuris como motivo de nulidad matrimonial.

Este Tribunal supremo también está comprometido en otro ámbito delicado de la administración de la justicia, que le encomendó el siervo de Dios, Pablo VI. En efecto, la Signatura conoce las controversias surgidas por una actuación de la potestad administrativa eclesiástica y a ella remitidas a través del recurso presentado legalmente contra algunos actos administrativos que provienen o han sido aprobados por dicasterios de la Curia romana (cf. const. ap. *Regimini Ecclesiae universae*, 15 de agosto de 1967, n. 106; cic, can. 1445 § 2; const. ap. *Pastor bonus*, art. 123; *Lex propria*, art. 34). Éste es un servicio de vital importancia: la predisposición de instrumentos de justicia -desde la solución pacífica de las controversias hasta el tratamiento y definición judicial de las mismas- constituye el ofrecimiento de un lugar de diálogo y de restablecimiento de la comunión de la Iglesia. Aunque es verdad que a la injusticia se la debe afrontar ante todo con las armas espirituales de la oración, la caridad, el perdón y la penitencia, no se puede excluir, en algunos casos, la oportunidad y la necesidad de que se la afronte con los instrumentos procesales. Éstos constituyen, ante todo, lugares de diálogo, que a veces llevan a

la concordia y a la reconciliación. No por casualidad el ordenamiento procesal prevé que in limine litis, más aún, en cada fase del proceso, haya espacio y ocasión para que «cuando alguien se considere perjudicado por un decreto, se evite el conflicto entre el mismo y el autor del decreto, y que se procure llegar de común acuerdo a una solución equitativa, acudiendo incluso a la mediación y al empeño de personas prudentes, de manera que la controversia se eluda o se dirima por un medio idóneo» (CIC, can. 1733 § 1). Con ese fin, se impulsan iniciativas y normativas dirigidas a crear departamentos o consejos que tengan como función, según normas por establecer, buscar y sugerir soluciones equitativas (cf. ib., § 2).

En los demás casos, es decir, cuando no sea posible dirimir la controversia pacíficamente, el desarrollo del proceso contencioso administrativo conllevará la definición judicial de la controversia: también en este caso la actividad del Tribunal supremo mira a la reconstitución de la comunión eclesial, o sea, al restablecimiento de un orden objetivo conforme al bien de la Iglesia. Sólo esta comunión restablecida y justificada a través de la motivación de la decisión judicial puede llevar a una auténtica paz y armonía en la comunidad eclesial. Es lo que significa el conocido principio: *Opus iustitiae pax*. El arduo restablecimiento de la justicia está destinado a reconstruir relaciones justas y ordenadas entre los fieles, así como entre ellos y la autoridad eclesiástica. De hecho, la paz

interior y la voluntariosa colaboración de los fieles en la misión de la Iglesia brotan de la restablecida conciencia de realizar plenamente la propia vocación. La justicia, que la Iglesia busca a través del proceso contencioso administrativo, puede considerarse como inicio, exigencia mínima y a la vez expectativa de caridad, indispensable y al mismo tiempo insuficiente, si se compara con la caridad de la que vive la Iglesia. Sin embargo, el pueblo de Dios peregrino en la tierra no podrá realizar su identidad como comunidad de amor si en su seno no se respetan las exigencias de la justicia.

Confío a María santísima, *Speculum iustitiae* y *Regina pacis*, el valioso y delicado ministerio que la Signatura apostólica realiza al servicio de la comunión de la Iglesia, a la vez que os expreso a cada uno la seguridad de mi estima y mi aprecio. Sobre vosotros y sobre vuestro compromiso diario invoco la luz del Espíritu Santo y os imparto a todos mi bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para la educación católica***

*Sala del Consistorio. Lunes, 7 de febrero de 2011*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Os dirijo a cada uno mi cordial saludo por esta visita con ocasión de la reunión plenaria de la Congregación para la educación católica. Saludo al cardenal Zenon Grocholewski, prefecto del dicasterio, agradeciéndole sus amables palabras, así como al secretario, al subsecretario, a los oficiales y a los colaboradores.

Las temáticas que afrontáis en estos días tienen como común denominador la educación y la formación, que hoy constituyen uno de los desafíos más urgentes que la Iglesia y sus instituciones están llamadas a afrontar. Parece que la obra educativa cada vez es más ardua porque, en una cultura que con demasiada frecuencia adopta el relativismo como credo, falta la luz de la verdad, es más, se considera peligroso hablar de la verdad, insinuando así la duda sobre los valores básicos de la existencia personal y comunitaria. Por esto, es importante el servicio que prestan en el mundo las numerosas instituciones formativas que se inspiran en la visión cristiana del hombre y de la realidad: educar es un acto de amor, ejercicio de la «caridad intelectual», que requiere responsabilidad, entrega y coherencia de vida. El trabajo de vuestra Congregación y las decisiones que toméis en estos días de reflexión y de estudio contribuirán ciertamente a responder a la actual «emergencia educativa».

Vuestra Congregación, creada en 1915 por Benedicto XV, lleva a cabo desde hace casi cien años su valiosa

obra al servicio de las diversas instituciones católicas de formación. Entre ellas, sin duda, el seminario es una de las más importantes para la vida de la Iglesia y exige, por tanto, un proyecto formativo que tenga en cuenta el contexto al que acabo de referirme. He subrayado varias veces que el seminario es una etapa muy valiosa de la vida, en la que el candidato al sacerdocio hace experiencia de ser «un discípulo de Jesús». Para este tiempo destinado a la formación, se requiere una cierta distancia, un cierto «desierto», porque el Señor habla al corazón con una voz que se oye si hay silencio (cf. *1 R* 19, 12); pero se requiere también la disponibilidad a vivir juntos, a amar la «vida de familia» y la dimensión comunitaria que anticipan la «fraternidad sacramental» que debe caracterizar a todo presbiterio diocesano (cf. *Presbyterorum ordinis*, 8) y que recordé también en mi reciente Carta a los seminaristas: «no se llega a ser sacerdote solo. Hace falta la “comunidad de discípulos”, el grupo de los que quieren servir a la Iglesia de todos».

En estos días, estudiáis también el borrador del documento sobre «Internet y la formación en los seminarios». Internet, por su capacidad de superar las distancias y de poner en contacto recíproco a las personas, presenta grandes posibilidades también para la Iglesia y su misión. Con el discernimiento necesario para su uso inteligente y prudente, es un instrumento que puede servir no sólo para los estudios,

sino también para la acción pastoral de los futuros presbíteros en los distintos campos eclesiales, como la evangelización, la acción misionera, la catequesis, los proyectos educativos y la gestión de las instituciones. Asimismo, en este campo, es de extrema importancia contar con formadores adecuadamente preparados para que sean guías fieles y siempre actualizados, a fin de acompañar a los candidatos al sacerdocio en el uso correcto y positivo de los medios informáticos.

Este año celebramos el LXX aniversario de la Obra pontificia para las vocaciones sacerdotales, instituida por el venerable Pío XII para favorecer la colaboración entre la Santa Sede y las Iglesias locales en la valiosa obra de promoción de las vocaciones al ministerio ordenado. Este aniversario podrá ser la ocasión para conocer y valorar las iniciativas vocacionales más significativas organizadas en las Iglesias locales. Es preciso que la pastoral vocacional, además de subrayar el valor de la llamada universal a seguir a Jesús, insista más claramente en el perfil del sacerdocio ministerial, caracterizado por su específica configuración con Cristo, que lo distingue esencialmente de los demás fieles y se pone a su servicio.

Asimismo, habéis iniciado una revisión de lo que prescribe la constitución apostólica *Sapientia christiana* sobre los estudios eclesiásticos, respecto al derecho canónico, a los institutos superiores de ciencias religiosas y, reciente-

mente, a la filosofía. Un sector sobre el cual conviene reflexionar especialmente es el de la teología. Es importante lograr que sea cada vez más sólido el vínculo entre la teología y el estudio de la Sagrada Escritura, de modo que esta última sea realmente el alma y el corazón de la teología (cf. *Verbum Domini*, 31). Pero el teólogo no debe olvidar que él es también quien habla a Dios. Es indispensable, por tanto, mantener estrechamente unidas la teología con la oración personal y comunitaria, especialmente litúrgica. La teología es scientia fidei y la oración alimenta la fe. En la unión con Dios, de algún modo, el misterio se saborea, se hace cercano, y esta proximidad es luz para la inteligencia. Quiero subrayar también la conexión de la teología con las demás disciplinas, considerando que se enseña en las universidades católicas y, en muchos casos, en las civiles. El beato John Henry Newman hablaba de «círculo del saber», circle of knowledge, para indicar que existe una interdependencia entre las varias ramas del saber; pero sólo Dios tiene relación con la totalidad de lo real; por consiguiente, eliminar a Dios significa romper el círculo del saber. Desde esta perspectiva, las universidades católicas, con su identidad muy precisa y su apertura a la «totalidad» del ser humano, pueden realizar una obra valiosa para promover la unidad del saber, orientando a estudiantes y profesores a la Luz del mundo, la «luz verdadera que alumbra a todo hombre» (Jn 1, 9). Son consideraciones que valen también para las escuelas católicas.

Es necesaria, ante todo, la valentía de anunciar el valor «amplio» de la educación, para formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y dar sentido a su vida. Hoy se habla de educación intercultural, objeto de estudio también en vuestra plenaria. En este ámbito, se requiere una fidelidad valiente e innovadora, que sepa conjugar una clara conciencia de la propia identidad y una apertura a la alteridad, por las exigencias de vivir juntos en las sociedades multiculturales. También con este fin, emerge el papel educativo de la enseñanza de la religión católica como disciplina escolar en diálogo interdisciplinar con las demás. De hecho, contribuye ampliamente no sólo al desarrollo integral del estudiante, sino también al conocimiento del otro, a la comprensión y al respeto recíproco. Para alcanzar estos objetivos se deberá prestar especial atención a la formación de los directores y de los formadores, no sólo desde un punto de vista profesional, sino también religioso y espiritual, para que, con la coherencia de la propia vida y con la implicación personal, la presencia del educador cristiano sea expresión de amor y testimonio de la verdad.

Queridos hermanos y hermanas, os agradezco lo que hacéis con vuestro competente trabajo al servicio de las instituciones educativas. Tened siempre la mirada fija en Cristo, el único Maestro, para que con su Espíritu haga eficaz vuestro trabajo. Os encomiendo a la materna protección de María santísima,

Sedes Sapientiae, y os imparto de corazón a todos la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de San Carlos Borromeo***

*Sala Clementina del palacio apostólico. Sábado, 12 de febrero de 2011*

Queridos hermanos y amigos:

Me alegra verdaderamente vivir este encuentro con vosotros, sacerdotes y seminaristas de la Fraternidad de San Carlos, aquí reunidos con ocasión del 25° aniversario de su nacimiento. Saludo y doy las gracias al fundador y superior general, monseñor Massimo Camisasca, a su consejo y a todos vosotros, familiares y amigos, que colmáis de atenciones a la comunidad. En particular, saludo al arzobispo de la Madre de Dios de Moscú, monseñor Paolo Pezzi, y a don Julián Carrón, presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, que expresan simbólicamente los frutos y la raíz de la obra de la Fraternidad San Carlos. Este momento evoca en mi memoria la larga amistad con monseñor Luigi Giussani y testimonia la fecundidad de su carisma.

En esta ocasión, quiero responder a dos preguntas que nuestro encuentro me sugiere: ¿cuál es el lugar del sacerdocio ordenado en la vida de la Iglesia? ¿Cuál es el lugar de la vida común en la experiencia sacerdotal?

Haber nacido del movimiento de Comunión y Liberación y vuestra referencia vital a la experiencia eclesial que éste representa, ponen ante nuestros ojos una verdad que se ha ido reafirmando con especial claridad desde el siglo XIX en adelante y que ha encontrado una significativa expresión en la teología del concilio Vaticano II. Me refiero al hecho de que el sacerdocio cristiano no es un fin en sí mismo. Lo quiso Jesús en función del nacimiento y de la vida de la Iglesia. Todo sacerdote, por tanto, puede decir a los fieles, parafraseando a san Agustín: *Vobiscum christianus, pro vobis sacerdos*. La gloria y el gozo del sacerdocio es servir a Cristo y su Cuerpo místico. Representa una vocación sumamente hermosa y singular en el seno de la Iglesia, que hace presente a Cristo, porque participa del único y eterno sacerdocio de Cristo. La presencia de vocaciones sacerdotales es un signo seguro de la verdad y de la vitalidad de una comunidad cristiana. Dios, en efecto, llama siempre, también al sacerdocio; no existe crecimiento verdadero y fecundo en la Iglesia sin una auténtica presencia sacerdotal que lo sostenga y lo alimente. Por esto, estoy agradecido a todos aquellos que dedican sus energías a la formación de los sacerdotes y a la reforma de la vida sacerdotal. En efecto, como toda la Iglesia, también el sacerdocio necesita renovarse continuamente, encontrar de nuevo en la vida de Jesús las formas más esenciales de su ser.

Los distintos caminos posibles para esta renovación no pueden olvidar algunos elementos irrenunciables. Ante

todo, una educación profunda a la meditación y a la oración, vividas como diálogo con el Señor resucitado presente en su Iglesia. En segundo lugar, un estudio de la teología que permita encontrar las verdades cristianas en la forma de una síntesis vinculada a la vida de la persona y de la comunidad: de hecho, sólo una mirada sapiencial puede valorar la fuerza que la fe posee para iluminar la vida y el mundo, llevando continuamente a Cristo, Creador y Salvador.

La Fraternidad San Carlos ha subrayado, a lo largo de su breve pero intensa historia, el valor de la vida común. También yo he hablado de ello varias veces en mis intervenciones antes y después de mi llamada al solio de Pedro. «Es importante que los sacerdotes no vivan aislados en alguna parte, sino que convivan en pequeñas comunidades, que se sostengan mutuamente y que, de ese modo, experimenten la unión en su servicio por Cristo y en su renuncia por el reino de los cielos, y tomen conciencia siempre de nuevo de ello» (*Luz del mundo*, Herder, Barcelona 2010, 157-158). Tenemos ante nuestros ojos las urgencias de este momento. Pienso, por ejemplo, en la carencia de sacerdotes. La vida común no es, ante todo, una estrategia para responder a estas necesidades. Tampoco es, de por sí, sólo una forma de ayuda frente a la soledad y a la debilidad del hombre. Ciertamente, todo esto puede existir, pero sólo si se concibe y se vive la vida fraterna como camino para sumergirse en la realidad de la comunión. De hecho, la vida común es expresión del don

de Cristo que es la Iglesia, y está prefigurada en la comunidad apostólica, que dio lugar a los presbíteros. De hecho, ningún sacerdote administra algo que le es propio, sino que participa con los demás hermanos en un don sacramental que viene directamente de Jesús.

Por eso, la vida común expresa una ayuda que Cristo da a nuestra existencia, llamándonos, a través de la presencia de los hermanos, a una configuración cada vez más profunda a su persona. Vivir con otros significa aceptar la necesidad de la propia continua conversión y sobre todo descubrir la belleza de ese camino, la alegría de la humildad, de la penitencia, pero también de la conversación, del perdón recíproco, del mutuo apoyo. *Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum* (*Sal* 133, 1).

Nadie puede asumir la fuerza regeneradora de la vida común sin la oración, sin mirar a la experiencia y a las enseñanzas de los santos, en particular modo de los Padres de la Iglesia, sin una vida sacramental vivida con fidelidad. Si no se entra en el diálogo eterno que el Hijo mantiene con el Padre en el Espíritu Santo no es posible ninguna vida común auténtica. Hay que estar con Jesús para poder estar con los demás. Éste es el corazón de la misión. En la compañía de Cristo y de los hermanos cada sacerdote puede encontrar las energías necesarias para hacerse cargo de los hombres, para hacerse cargo de las necesidades espirituales y materiales que encuentra, para

enseñar con palabras siempre nuevas, dictadas por el amor, las verdades eternas de la fe de las que tienen sed también nuestros contemporáneos.

Queridos hermanos y amigos, ¡seguid yendo por todo el mundo para llevar a todos la comunión que nace del corazón de Cristo! Que la experiencia de los Apóstoles con Jesús sea siempre el faro que ilumine vuestra vida sacerdotal. Alentándoos a seguir por el camino trazado en estos años, imparto de buen grado mi bendición a todos los sacerdotes y seminaristas de la Fraternidad San Carlos, a las Misioneras de San Carlos, y a sus familiares y amigos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a la Comunidad del Pontificio  
Colegio Filipino de Roma, con  
ocasión del 50 Aniversario de su  
fundación***

*Sala Clementina. Sábado, 19 de febrero de 2011*

Eminencia; queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

Me complace encontrarme con vosotros, estudiantes y docentes del Pontificio Colegio Filipino en este año en el que se celebra el 50º aniversario de su institución por parte de mi predecesor, el beato Juan XXIII. Me uno a vosotros en la acción de gracias a Dios por la contribución

que el Colegio ha dado a la vida de vuestros compatriotas filipinos, tanto en el país como en el extranjero, en las últimas cinco décadas.

Como casa de formación situada aquí, cerca de las tumbas de los grandes Apóstoles Pedro y Pablo, el Colegio Filipino ha llevado a cabo de distintos modos la misión que se le había encomendado. Su primera tarea, la más importante, sigue siendo asistir a los estudiantes en su formación en las ciencias sagradas. El Colegio la ha desempeñado bien, pues centenares de sacerdotes han regresado a su país con títulos de estudios superiores obtenidos en las diversas universidades e institutos pontificios de la ciudad, y han ido a servir a la Iglesia en el mundo, algunos de ellos de modo sobresaliente. Permitidme que os aliente a vosotros, que sois la generación actual de estudiantes del Colegio, a crecer en la fe, a esforzaros por alcanzar la excelencia en vuestros estudios y a aprovechar toda oportunidad que se os ofrezca para alcanzar la madurez espiritual y teológica, a fin de que estéis equipados, preparados, y seáis intrépidos ante cualquier situación que os reserve el futuro.

Como sabéis, una formación sacerdotal completa no sólo incluye el aspecto académico: más allá y por encima del componente intelectual que aquí se les ofrece, a los estudiantes del Colegio Filipino también se les forma espiritualmente a través de la historia viva de la Iglesia de Roma y el luminoso ejemplo de sus mártires, cuyo sacrificio los configura

perfectamente a la persona de Jesucristo. Tengo plena confianza en que cada uno de vosotros encontrará inspiración en su unión con el misterio de Cristo y acogerá la llamada del Señor a la santidad, que en cuanto sacerdotes os pide nada menos que la entrega total a Dios de vuestra vida y de vuestro trabajo. Haciendo esto en compañía de otros sacerdotes y seminaristas jóvenes reunidos aquí procedentes de todo el mundo, regresaréis a casa, al igual que quienes os han precedido, con un sentido permanente y agradecido de la historia de la Iglesia de Roma, de sus raíces en el misterio pascual de Cristo, y de su maravillosa universalidad.

Durante vuestra estancia en Roma no debéis descuidar las necesidades pastorales, por lo que conviene que, incluso los sacerdotes que están estudiando, tengan en cuenta las necesidades de quienes les rodean, incluidos los miembros de la comunidad filipina que vive

en Roma y sus alrededores. Al hacer esto, en el uso de vuestro tiempo mantened siempre un sano equilibrio entre las preocupaciones pastorales locales y las exigencias académicas de vuestra estancia aquí, en beneficio de todos.

Por último, no olvidéis el afecto que el Papa tiene por vosotros y por vuestra tierra natal. Os exhorto a todos a volver a Filipinas con afecto inquebrantable por el Sucesor de Pedro y con el deseo de fortalecer y mantener la comunión que une a la Iglesia en torno a él en la caridad. De este modo, una vez completados vuestros estudios, ciertamente seréis una levadura del Evangelio en la vida de vuestra amada nación.

Invocando la intercesión de Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje, y como prenda de gracia y paz en el Señor, de buen grado os imparto a todos mi bendición apostólica.

## HOMILÍAS

### ***Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la celebración de las Vísperas de la Fiesta de la Presentación del Señor***

*Basílica Vaticana. Martes, 2 de febrero de 2011*

En la fiesta de hoy, contemplamos a Jesús nuestro Señor, a quien María y

José llevan al templo «para presentarlo al Señor» (*Lc 2, 22*). En esta escena evangélica se revela el misterio del Hijo de la Virgen, el consagrado del Padre, que vino al mundo para cumplir fielmente su voluntad (cf. *Hb 10, 5-7*). Simeón lo señala como «luz para alumbrar a las naciones» (*Lc 2, 32*) y anuncia con palabras proféticas su ofrenda suprema a Dios y su victoria final (cf.

Lc 2, 32-35). Es el encuentro de los dos Testamentos, Antiguo y Nuevo. Jesús entra en el antiguo templo, él que es el nuevo Templo de Dios: viene a visitar a su pueblo, llevando a cumplimiento la obediencia a la Ley e inaugurando los tiempos finales de la salvación.

Es interesante observar de cerca esta entrada del niño Jesús en la solemnidad del templo, en medio de un gran ir y venir de numerosas personas, ocupadas en sus asuntos: los sacerdotes y los levitas con sus turnos de servicio, los numerosos devotos y peregrinos, deseosos de encontrarse con el Dios santo de Israel. Pero ninguno de ellos se entera de nada. Jesús es un niño como los demás, hijo primogénito de dos padres muy sencillos. Incluso los sacerdotes son incapaces de captar los signos de la nueva y particular presencia del Mesías y Salvador. Sólo dos ancianos, Simeón y Ana, descubren la gran novedad. Guiados por el Espíritu Santo, encuentran en ese Niño el cumplimiento de su larga espera y vigilancia. Ambos contemplan la luz de Dios, que viene para iluminar el mundo, y su mirada profética se abre al futuro, como anuncio del Mesías: «Lumen ad revelationem gentium!» (Lc 2, 32). En la actitud profética de los dos ancianos, está toda la Antigua Alianza que expresa la alegría del encuentro con el Redentor. A la vista del Niño, Simeón y Ana intuyen que precisamente él es el Esperado.

La Presentación de Jesús en el templo constituye un icono elocuente de

la entrega total de la propia vida para cuantos, hombres y mujeres, están llamados a reproducir en la Iglesia y en el mundo, mediante los consejos evangélicos, «los rasgos característicos de Jesús virgen, pobre y obediente» (Exhort. apost. postsinodal *Vita consecrata*, 1). Por esto, el venerable Juan Pablo II, eligió la fiesta de hoy para celebrar la Jornada anual de la vida consagrada. En este contexto, dirijo un saludo cordial y agradecido a monseñor João Braz de Aviz, que hace poco nombré prefecto de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, así como al secretario y a sus colaboradores. Saludo con afecto a los superiores generales presentes y a todas las personas consagradas.

Quiero proponer tres breves pensamientos para la reflexión en esta fiesta.

El primero: el icono evangélico de la Presentación de Jesús en el templo contiene el símbolo fundamental de la luz; la luz que, partiendo de Cristo, se irradia sobre María y José, sobre Simeón y Ana y, a través de ellos, sobre todos. Los Padres de la Iglesia relacionaron esta irradiación con el camino espiritual. La vida consagrada expresa ese camino, de modo especial, como «filocalia», amor por la belleza divina, reflejo de la bondad de Dios (cf. *ib.*, 19). En el rostro de Cristo, resplandece la luz de esa belleza. «La Iglesia contempla el rostro transfigurado de Cristo, para confirmarse en la fe y no correr

el riesgo del extravío ante su rostro desfigurado en la cruz... Ella es la Esposa ante el Esposo, partícipe de su misterio y envuelta por su luz. Esta luz llega a todos sus hijos... Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado es, ciertamente, la que tienen los llamados a la vida consagrada. En efecto, la profesión de los consejos evangélicos los presenta como signo y profecía para la comunidad de los hermanos y para el mundo» (ib., 15).

En segundo lugar, el icono evangélico manifiesta la profecía, don del Espíritu Santo. Simeón y Ana, contemplan al Niño Jesús, vislumbran su destino de muerte y de resurrección para la salvación de todas las naciones y anuncian este misterio como salvación universal. La vida consagrada está llamada a ese testimonio profético, vinculado a su actitud tanto contemplativa como activa. En efecto, a los consagrados y las consagradas se les ha concedido manifestar la primacía de Dios, la pasión por el Evangelio practicado como forma de vida y anunciado a los pobres y a los últimos de la tierra. «En virtud de esta primacía no se puede anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que él vive... La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia» (ib., 84). De este modo, la vida consagrada, en su vivencia diaria por los caminos de la humanidad, manifiesta el Evangelio y el Reino ya presente y operante.

En tercer lugar, el icono evangélico de la Presentación de Jesús en el templo manifiesta la sabiduría de Simeón y Ana, la sabiduría de una vida dedicada totalmente a la búsqueda del rostro de Dios, de sus signos, de su voluntad; una vida dedicada a la escucha y al anuncio de su Palabra. «*Faciem tuam, Domine, requiram*»: tu rostro buscaré, Señor (Sal 26, 8... La vida consagrada es en el mundo y en la Iglesia signo visible de esta búsqueda del rostro del Señor y de los caminos que llevan hasta él (cf. Jn 14, 8)... La persona consagrada testimonia, pues, el compromiso gozoso a la vez que laborioso, de la búsqueda asidua y sabia de la voluntad divina» (cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, *Instrucción El servicio de la autoridad y la obediencia. Faciem tuam Domine requiram* [2008], I).

Queridos hermanos y hermanas, ¡escuchad asiduamente la Palabra, porque toda sabiduría de vida nace de la Palabra del Señor! Escrutad la Palabra, a través de la lectio divina, puesto que la vida consagrada «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. El vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte en «exégesis» viva de la Palabra de Dios. El Espíritu Santo, en virtud del cual se ha escrito la Biblia, es el mismo que ha iluminado con luz nueva la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla, dando origen

a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica» (*Verbum Domini*, 83).

Hoy vivimos, sobre todo en las sociedades más desarrolladas, una condición marcada a menudo por una pluralidad radical, por una progresiva marginación de la religión de la esfera pública, por un relativismo que afecta a los valores fundamentales. Esto exige que nuestro testimonio cristiano sea luminoso y coherente y que nuestro esfuerzo educativo sea cada vez más atento y generoso. Que vuestra acción apostólica, en particular, queridos hermanos y hermanas, se convierta en compromiso de vida, que accede, con perseverante pasión, a la Sabiduría como verdad y como belleza, «esplendor de la verdad». Sabed orientar con la sabiduría de vuestra vida, y con la confianza en las posibilidades inexhaustas de la verdadera educación, la inteligencia y el corazón de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia la «vida buena del Evangelio».

En este momento, mi pensamiento va con especial afecto a todos los consagrados y las consagradas, en todos los rincones de la tierra, y los encomiendo a la santísima Virgen María:

Oh María, Madre de la Iglesia,  
te encomiendo  
toda la vida consagrada,  
a fin de que tú le alcances  
la plenitud de la luz divina:  
que viva en la escucha

de la Palabra de Dios,  
en la humildad del seguimiento  
de Jesús, tu hijo y nuestro Señor,  
en la acogida  
de la visita del Espíritu Santo,  
en la alegría cotidiana del Magníficat,  
para que la Iglesia sea edificada  
por la santidad de vida  
de estos hijos e hijas tuyos,  
en el mandamiento del amor. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la capilla papal para la  
ordenación de cinco arzobispos***

*Basilica Vaticana. Sábado, 5 de febrero de 2011*

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo con afecto a estos cinco hermanos presbíteros que dentro de poco recibirán la ordenación episcopal: monseñor Savio Hon Tai-Fai, monseñor Marcello Bartolucci, monseñor Celso Morga Iruzubieta, monseñor Antonio Guido Filipazzi y monseñor Edgar Peña Parra. Deseo expresarles mi gratitud y la de la Iglesia por el servicio que han prestado hasta ahora con generosidad y entrega, y formular la invitación a acompañarles con la oración en el ministerio al que están llamados en la Curia romana y en las representaciones pontificias como sucesores de los Apóstoles, para que el Espíritu Santo los ilumine y los guíe siempre en la mies del Señor.

«La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (*Lc* 10, 2). Estas palabras del Evangelio de la misa de hoy nos tocan especialmente de cerca en esta hora. Es la hora de la misión: queridos amigos, el Señor os envía a vosotros a su mies. Debéis cooperar en la tarea de la que habla el profeta Isaías en la primera lectura: «El Señor me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados» (*Is* 61, 1). Éste es el trabajo para la mies en el campo de Dios, en el campo de la historia humana: llevar a los hombres la luz de la verdad, liberarlos de la pobreza de verdad, que es la verdadera tristeza y la verdadera pobreza del hombre. Llevarles la buena noticia que no es sólo palabra, sino también acontecimiento: Dios, él mismo, ha venido a nosotros. Nos toma de la mano, nos lleva hacia lo alto, hacia sí mismo, y así cura el corazón desgarrado. Damos gracias al Señor porque manda obreros a la mies de la historia del mundo. Le damos gracias porque os manda a vosotros, porque habéis dicho sí y porque en esta hora pronunciaréis nuevamente vuestro «sí» a ser obreros del Señor para los hombres.

«La mies es abundante» también hoy, precisamente hoy. Aunque pueda parecer que grandes partes del mundo moderno, de los hombres de hoy, dan las espaldas a Dios y consideran que la fe es algo del pasado, existe el anhelo de que finalmente se establezcan

la justicia, el amor, la paz, de que se superen la pobreza y el sufrimiento, de que los hombres encuentren la alegría. Todo este anhelo está presente en el mundo de hoy, el anhelo hacia lo que es grande, hacia lo que es bueno. Es la nostalgia del Redentor, de Dios mismo, incluso donde se lo niega. Precisamente en esta hora el trabajo en el campo de Dios es muy urgente y precisamente en esta hora sentimos de modo especialmente doloroso la verdad de las palabras de Jesús: «Son pocos los obreros». Al mismo tiempo el Señor nos da a entender que no podemos ser simplemente nosotros solos quienes enviemos obreros a su mies; que no es una cuestión de gestión, de nuestra propia capacidad organizativa. Los obreros para el campo de su mies los puede enviar sólo Dios mismo. Pero los quiere enviar a través de la puerta de nuestra oración. Nosotros podemos cooperar a la venida de los obreros, pero sólo podemos hacerlo cooperando con Dios. Así esta hora del agradecimiento porque se realiza un envío a la misión es también especialmente la hora de la oración: Señor, envía obreros a tu mies. Abre los corazones a tu llamada. No permitas que nuestra súplica sea vana.

La liturgia del día de hoy nos da, por tanto, dos definiciones de vuestra misión de obispos, de sacerdotes de Jesucristo: ser obreros en la mies de la historia del mundo con la tarea de curar abriendo las puertas del mundo al señorío de Dios, a fin de que se haga

la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo. Y nuestro ministerio se describe como cooperación a la misión de Jesucristo, como participación en el don del Espíritu Santo, que se le dio a él en cuanto Mesías, el Hijo ungido de Dios. La *Carta a los Hebreos* -la segunda lectura- completa esto a partir de la imagen del sumo sacerdote Melquisedec, que remite misteriosamente a Cristo, el verdadero Sumo Sacerdote, el Rey de paz y de justicia.

Pero quiero decir unas palabras sobre cómo poner en práctica esta gran tarea, sobre lo que exige concretamente de nosotros. Para la Semana de oración por la unidad de los cristianos, este año las comunidades cristianas de Jerusalén habían elegido un pasaje de los Hechos de los Apóstoles, en el que san Lucas quiere ilustrar de modo normativo cuáles son los elementos fundamentales de la existencia cristiana en la comunión de la Iglesia de Jesucristo. Se expresa así: «Perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (*Hch* 2, 42). En estos cuatro elementos básicos del ser de la Iglesia, está descrita a la vez también la tarea esencial de sus pastores. Los cuatro elementos están unidos mediante la expresión «perseveraban» -«erant perseverantes»-: la Biblia latina traduce así la expresión griega *προσκαρτερέω*: la perseverancia, la asiduidad, pertenece a la esencia del ser cristianos y es fundamental para la tarea de los pas-

tores, de los obreros en la mies del Señor. El pastor no debe ser una caña que se dobla según sopla el viento, un siervo del espíritu del tiempo. El ser intrépido, la valentía de oponerse a las corrientes del momento pertenece de modo esencial a la tarea del pastor. No debe ser una caña, sino -según la imagen del primer salmo- debe ser como un árbol que tiene raíces profundas en las cuales permanece firme y bien fundamentado. Lo cual no tiene nada que ver con la rigidez o la inflexibilidad. Sólo donde hay estabilidad hay también crecimiento. El cardenal Newman, cuyo camino estuvo marcado por tres conversiones, dice que vivir es transformarse. Sin embargo, sus tres conversiones y las transformaciones acontecidas en ellas son un único camino coherente: el camino de la obediencia hacia la verdad, hacia Dios; el camino de la verdadera continuidad que precisamente así hace progresar.

«Perseverar en la enseñanza de los Apóstoles»: la fe tiene un contenido concreto. No es una espiritualidad indeterminada, una sensación indefinible para la trascendencia. Dios ha actuado y precisamente él ha hablado. Realmente ha hecho algo y realmente ha dicho algo. Ciertamente, la fe es, en primer lugar, confiarse a Dios, una relación viva con él. Pero el Dios al cual nos confiamos tiene un rostro y nos ha dado su Palabra. Podemos contar con la estabilidad de su Palabra. La Iglesia antigua resumió

el núcleo esencial de la enseñanza de los Apóstoles en la llamada Regula fidei, que, substancialmente, es idéntica a las profesiones de fe. Éste es el fundamento seguro, sobre el cual nos basamos también hoy los cristianos. Es la base segura sobre la cual podemos construir la casa de nuestra fe, de nuestra vida (cf. *Mt* 7, 24 ss). Y de nuevo, la estabilidad y el carácter definitivo de lo que creemos no significan rigidez. San Juan de la Cruz comparó el mundo de la fe a una mina en la cual descubrimos siempre nuevos tesoros, tesoros en los cuales se desarrolla la única fe, la profesión del Dios que se manifiesta en Cristo. Como pastores de la Iglesia vivimos de esta fe y así también podemos anunciarla como la buena noticia que hace que estemos seguros del amor de Dios y de que él nos ama.

El segundo pilar de la existencia eclesial, san Lucas lo llama *κοινωνία*: *communio*. Después del concilio Vaticano II, este término se ha convertido en una palabra central de la teología y del anuncio, porque en él, de hecho, se expresan todas las dimensiones del ser cristianos y de la vida eclesial. Lo que san Lucas quiere expresar exactamente con esta palabra en este texto, no lo sabemos. Por tanto, podemos tranquilamente comprenderla basándonos en el contexto global del Nuevo Testamento y de la Tradición apostólica. Una primera gran definición de *communio* la da san Juan al comienzo de su prime-

ra carta: Lo que hemos visto y oído, lo que palpamos nuestras manos, os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros. Y nuestra *communio* es comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (cf. 1 Jn 1, 1-4). Dios se ha hecho para nosotros visible y tangible y así ha creado una comunión real con él mismo. Entramos en esa comunión a través del creer y el vivir juntamente con quienes lo han palpado. Con ellos y a través de ellos, nosotros mismos de algún modo lo vemos, y palpamos al Dios que se ha hecho cercano. Así la dimensión horizontal y la vertical están aquí inseparablemente enlazadas una con otra. Al estar en comunión con los Apóstoles, al estar en su fe, nosotros mismos estamos en contacto con el Dios vivo. Queridos amigos, para esto sirve el ministerio de los obispos: que esta cadena de la comunión no se interrumpa. Ésta es la esencia de la sucesión apostólica: conservar la comunión con aquellos que han encontrado al Señor de modo visible y tangible y así tener abierto el cielo, la presencia de Dios entre nosotros. Sólo mediante la comunión con los sucesores de los Apóstoles estamos también en contacto con el Dios encarnado. Pero vale igualmente lo contrario: sólo gracias a la comunión con Dios, sólo gracias a la comunión con Jesucristo esta cadena de los testigos permanece unida. Nunca somos obispos solos, nos dice el Vaticano II, sino siempre y solamente en el colegio de los obispos. Este, además, no

puede encerrarse en el tiempo de la propia generación. A la colegialidad, pertenece el entrelazado de todas las generaciones, la Iglesia viva de todos los tiempos. Vosotros, queridos hermanos, tenéis la misión de conservar esta comunión católica. Sabéis que el Señor encomendó a san Pedro y a sus sucesores que estuvieran en el centro de esa comunión, que fueran los garantes del estar en la totalidad de la comunión apostólica y de su fe. Ofreced vuestra ayuda para que permanezca vivo el gozo por la gran unidad de la Iglesia, por la comunión de todos los lugares y todos los tiempos, por la comunión de la fe que abraza el cielo y la tierra. Vivid la comunión, y vivid con el corazón, día tras día, su centro más profundo en ese momento sagrado, en el cual el Señor mismo se dona en la santa Comunión.

Con esto, hemos llegado al elemento fundamental sucesivo de la existencia eclesial, mencionado por san Lucas: la fracción del pan. La mirada del Evangelista, en este punto, vuelve atrás, a los discípulos de Emaús, que reconocieron al Señor por el gesto de partir el pan. Y desde allí la mirada vuelve todavía más atrás, a la hora de la última Cena, en la cual Jesús, al partir el pan, se distribuyó a sí mismo, se hizo pan por nosotros y anticipó su muerte y su resurrección. Partir el pan, la santa Eucaristía, es el centro de la Iglesia y debe ser el centro de nuestro ser cristianos y de nuestra vida sacerdotal. El Señor se nos da.

Cristo resucitado entra en mi interior y quiere transformarme para hacerme entrar en una profunda comunión con él. Así me abre también a todos los demás: nosotros, siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, dice san Pablo (cf. *1 Co* 10, 17). Tratemos de celebrar la Eucaristía con una entrega, un fervor cada vez más profundo; tratemos de organizar nuestros días según su medida; tratemos de dejarnos plasmar por ella. Partir el pan: así se expresa asimismo el compartir, el transmitir nuestro amor a los demás. La dimensión social, el compartir no es un apéndice moral que se añade a la Eucaristía, sino que es parte de ella. Esto resulta claramente del versículo que, en los *Hechos de los Apóstoles* sigue al que acabamos de citar: «Los creyentes... tenían todo en común», dice *san Lucas* (2, 44). Prestemos atención a que la fe se exprese siempre en el amor y en la justicia de unos con otros y que nuestra práctica social se inspire en la fe; que la fe se viva en el amor.

Como último pilar de la existencia eclesial, san Lucas menciona «las oraciones». Habla en plural: oraciones. ¿Qué quiere decir con esto? Probablemente piensa en la participación de la primera comunidad de Jerusalén en las oraciones en el templo, en los ordenamientos comunes de la oración. Así se pone de relieve algo importante. La oración, por una parte, debe ser muy personal, un unirme en lo más profundo a Dios. Debe ser mi lucha con él,

mi búsqueda de él, mi agradecimiento a él y mi alegría en él. Sin embargo, nunca es solamente algo privado de mi «yo» individual, que no atañe a los demás. Esencialmente, orar es también un orar en el «nosotros» de los hijos de Dios. Sólo en este «nosotros» somos hijos de nuestro Padre, a quien el Señor nos ha enseñado a orar. Sólo este «nosotros» nos abre el acceso al Padre. Por una parte, nuestra oración debe ser cada vez más personal, tocar y penetrar cada vez más profundamente el núcleo de nuestro «yo». Por otra, debe alimentarse siempre de la comunión de los orantes, de la unidad del Cuerpo de Cristo, para plasmarme verdaderamente a partir del amor de Dios. Así orar, en última instancia, no es una actividad entre otras, una parte de mi tiempo. Orar es la respuesta al imperativo que está al inicio del Canon en la celebración eucarística: *Sursum corda*: levantemos el corazón. Se trata de elevar mi existencia hacia la altura de Dios. En san Gregorio Magno, se encuentra una hermosa palabra al respecto. Recuerda que Jesús llama a Juan el Bautista una «lámpara que ardía y brillaba» (*Jn* 5, 35) y sigue: «ardiente por el deseo celestial, brillante por la palabra. Por tanto, a fin de que se conserve la veracidad del anuncio, se debe conservar la altura de la vida» (*Hom. en Ez.* 1, 11: 7 ccl 142, 134). La altura, la medida alta de la vida, que precisamente hoy es tan esencial para el testimonio en favor de Jesucristo, sólo la podemos encontrar si en la oración nos dejamos atraer continuamente por él hacia su altura.

*Duc in altum* (*Lc* 5, 4): Rema mar adentro y echad vuestras redes para la pesca. Esto lo dijo Jesús a Pedro y a sus compañeros cuando los llamó a convertirse en «pescadores de hombres». *Duc in altum*: el Papa Juan Pablo II, en sus últimos años, retomó con fuerza esta palabra y la proclamó en voz alta a los discípulos del Señor de hoy. *Duc in altum* os dice a vosotros el Señor en esta hora, queridos amigos. Habéis sido llamados a tareas que conciernen a la Iglesia universal. Estáis llamados a echar la red del Evangelio en el mar agitado de este tiempo para obtener la adhesión de los hombres a Cristo; para sacarlos, por así decir, de las aguas salinas de la muerte y de la oscuridad en la cual la luz del cielo no penetra. Debéis llevarlos a la tierra de la vida, en la comunión con Jesucristo.

En un pasaje del primer libro de su obra sobre la santísima Trinidad, san Hilario de Poitiers prorrumpe improvisamente en una oración: Por esto rezo «para que tú hinches las velas desplegadas de nuestra fe y de nuestra profesión con el soplo de tu Espíritu y me impulse hacia adelante en la travesía de mi anuncio» (I 37 *CCL* 62, 35s). Sí, por esto rezamos en esta hora por vosotros, queridos amigos. Por tanto, desplegad las velas de vuestras almas, las velas de la fe, de la esperanza, del amor, a fin de que el Espíritu Santo pueda hincharlas y concederos un viaje bendito como pescadores de hombres en el océano de nuestro tiempo. Amén.

## MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
para la Cuaresma 2011***

«Con Cristo sois sepultados en el Bautismo, con él también habéis resucitado» (cf. Col 2, 12)

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma, que nos lleva a la celebración de la Santa Pascua, es para la Iglesia un tiempo litúrgico muy valioso e importante, con vistas al cual me alegra dirigiros unas palabras específicas para que lo vivamos con el debido compromiso. La Comunidad eclesial, asidua en la oración y en la caridad operosa, mientras mira hacia el encuentro definitivo con su Esposo en la Pascua eterna, intensifica su camino de purificación en el espíritu, para obtener con más abundancia del Misterio de la redención la vida nueva en Cristo Señor (cf. *Prefacio I de Cuaresma*).

1. Esta misma vida ya se nos transmitió el día del Bautismo, cuando «al participar de la muerte y resurrección de Cristo» comenzó para nosotros «la aventura gozosa y entusiasmante del discípulo» (*Homilía en la fiesta del Bautismo del Señor*, 10 de enero de 2010). San Pablo, en sus Cartas, insiste repetidamente en la comunión singular con el Hijo de Dios que se realiza en este lavacro. El hecho de que en la mayoría de los casos, el Bautismo se reciba en la infancia pone de relieve que se trata de

un don de Dios: nadie merece la vida eterna con sus fuerzas. La misericordia de Dios, que borra el pecado y permite vivir en la propia existencia «los mismos sentimientos que Cristo Jesús» (Flp 2, 5) se comunica al hombre gratuitamente.

El Apóstol de los gentiles, en la Carta a los Filipenses, expresa el sentido de la transformación que tiene lugar al participar en la muerte y resurrección de Cristo, indicando su meta: que yo pueda «conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Flp 3, 10-11). El Bautismo, por tanto, no es un rito del pasado sino el encuentro con Cristo que conforma toda la existencia del bautizado, le da la vida divina y lo llama a una conversión sincera, iniciada y sostenida por la Gracia, que lo lleve a alcanzar la talla adulta de Cristo.

Un nexo particular vincula al Bautismo con la Cuaresma como momento favorable para experimentar la Gracia que salva. Los Padres del Concilio Vaticano II exhortaron a todos los Pastores de la Iglesia a utilizar «con mayor abundancia los elementos bautismales propios de la liturgia cuaresmal» (*Sacrosanctum Concilium*, 109). En efecto, desde siempre, la Iglesia asocia la Vigilia Pascual a la celebración del Bau-

tismo: en este Sacramento, se realiza el gran misterio por el cual el hombre muere al pecado, participa de la vida nueva en Jesucristo Resucitado y recibe el mismo espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos (cf. *Rm* 8, 11). Este don gratuito debe ser reavivado en cada uno de nosotros y la Cuaresma nos ofrece un recorrido análogo al catecumenado, que para los cristianos de la Iglesia antigua, así como para los catecúmenos de hoy, es una escuela insustituible de fe y de vida cristiana: viven realmente el Bautismo como un acto decisivo para toda su existencia.

2. Para emprender seriamente el camino hacia la Pascua y prepararnos a celebrar la Resurrección del Señor -la fiesta más gozosa y solemne de todo el Año litúrgico-, ¿qué puede haber de más adecuado que dejarnos guiar por la Palabra de Dios? Por esto, la Iglesia, en los textos evangélicos de los domingos de Cuaresma, nos guía a un encuentro especialmente intenso con el Señor, haciéndonos recorrer las etapas del camino de la iniciación cristiana: para los catecúmenos, en la perspectiva de recibir el Sacramento del renacimiento, y para quien está bautizado, con vistas a nuevos y decisivos pasos en el seguimiento de Cristo y en la entrega más plena a él.

El primer domingo del itinerario cuaresmal subraya nuestra condición de hombre en esta tierra. La batalla victoriosa contra las tentaciones, que da inicio a la misión de Jesús, es una invi-

tación a tomar conciencia de la propia fragilidad para acoger la Gracia que libera del pecado e infunde nueva fuerza en Cristo, camino, verdad y vida (cf. *Ordo Initiationis Christianae Adulorum*, n. 25). Es una llamada decidida a recordar que la fe cristiana implica, siguiendo el ejemplo de Jesús y en unión con él, una lucha «contra los Dominadores de este mundo tenebroso» (*Ef* 6, 12), en el cual el diablo actúa y no se cansa, tampoco hoy, de tentar al hombre que quiere acercarse al Señor: Cristo sale victorioso, para abrir también nuestro corazón a la esperanza y guiarnos a vencer las seducciones del mal.

El Evangelio de la Transfiguración del Señor pone delante de nuestros ojos la gloria de Cristo, que anticipa la resurrección y que anuncia la divinización del hombre. La comunidad cristiana toma conciencia de que es llevada, como los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan «aparte, a un monte alto» (*Mt* 17, 1), para acoger nuevamente en Cristo, como hijos en el Hijo, el don de la gracia de Dios: «Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle» (v. 5). Es la invitación a alejarse del ruido de la vida diaria para sumergirse en la presencia de Dios: él quiere transmitirnos, cada día, una palabra que penetra en las profundidades de nuestro espíritu, donde discierne el bien y el mal (cf. *Hb* 4, 12) y fortalece la voluntad de seguir al Señor.

La petición de Jesús a la samaritana: «Dame de beber» (*Jn* 4, 7), que

se lee en la liturgia del tercer domingo, expresa la pasión de Dios por todo hombre y quiere suscitar en nuestro corazón el deseo del don del «agua que brota para vida eterna» (v. 14): es el don del Espíritu Santo, que hace de los cristianos «adoradores verdaderos» capaces de orar al Padre «en espíritu y en verdad» (v. 23). ¡Sólo esta agua puede apagar nuestra sed de bien, de verdad y de belleza! Sólo esta agua, que nos da el Hijo, irriga los desiertos del alma inquieta e insatisfecha, «hasta que descansa en Dios», según las célebres palabras de san Agustín.

El domingo del ciego de nacimiento presenta a Cristo como luz del mundo. El Evangelio nos interpela a cada uno de nosotros: «¿Tú crees en el Hijo del hombre?». «Creo, Señor» (Jn 9, 35.38), afirma con alegría el ciego de nacimiento, dando voz a todo creyente. El milagro de la curación es el signo de que Cristo, junto con la vista, quiere abrir nuestra mirada interior, para que nuestra fe sea cada vez más profunda y podamos reconocer en él a nuestro único Salvador. Él ilumina todas las oscuridades de la vida y lleva al hombre a vivir como «hijo de la luz».

Cuando, en el quinto domingo, se proclama la resurrección de Lázaro, nos encontramos frente al misterio último de nuestra existencia: «Yo soy la resurrección y la vida... ¿Crees esto?» (Jn 11, 25-26). Para la comunidad cristiana, es el momento de volver a poner con sinceridad, junto con Marta,

toda la esperanza en Jesús de Nazaret: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo» (v. 27). La comunión con Cristo en esta vida nos prepara a cruzar la frontera de la muerte, para vivir sin fin en él. La fe en la resurrección de los muertos y la esperanza en la vida eterna abren nuestra mirada al sentido último de nuestra existencia: Dios ha creado al hombre para la resurrección y para la vida, y esta verdad da la dimensión auténtica y definitiva a la historia de los hombres, a su existencia personal y a su vida social, a la cultura, a la política, a la economía. Privado de la luz de la fe todo el universo acaba encerrado dentro de un sepulcro sin futuro, sin esperanza.

El recorrido cuaresmal encuentra su cumplimiento en el Triduo Pascual, en particular en la Gran Vigilia de la Noche Santa: al renovar las promesas bautismales, reafirmamos que Cristo es el Señor de nuestra vida, la vida que Dios nos comunicó cuando renacimos «del agua y del Espíritu Santo», y confirmamos de nuevo nuestro firme compromiso de corresponder a la acción de la Gracia para ser sus discípulos.

3. Nuestro sumergirnos en la muerte y resurrección de Cristo mediante el sacramento del Bautismo, nos impulsa cada día a liberar nuestro corazón del peso de las cosas materiales, de un vínculo egoísta con la «tierra», que nos empobrece y nos impide estar disponibles y abiertos a Dios y al prójimo.

En Cristo, Dios se ha revelado como Amor (cf. *1 Jn* 4, 7-10). La Cruz de Cristo, la «palabra de la Cruz» manifiesta el poder salvífico de Dios (cf. *1 Co* 1, 18), que se da para levantar al hombre y traerle la salvación: amor en su forma más radical (cf. Enc. *Deus caritas est*, 12). Mediante las prácticas tradicionales del ayuno, la limosna y la oración, expresiones del compromiso de conversión, la Cuaresma educa a vivir de modo cada vez más radical el amor de Cristo. El ayuno, que puede tener distintas motivaciones, adquiere para el cristiano un significado profundamente religioso: haciendo más pobre nuestra mesa aprendemos a superar el egoísmo para vivir en la lógica del don y del amor; soportando la privación de alguna cosa -y no sólo de lo superfluo- aprendemos a apartar la mirada de nuestro «yo», para descubrir a Alguien a nuestro lado y reconocer a Dios en los rostros de tantos de nuestros hermanos. Para el cristiano el ayuno no tiene nada de intimista, sino que abre mayormente a Dios y a las necesidades de los hombres, y hace que el amor a Dios sea también amor al prójimo (cf. *Mc* 12, 31).

En nuestro camino, también nos encontramos ante la tentación del tener, de la avidez de dinero, que insidia el primado de Dios en nuestra vida. El afán de poseer provoca violencia, prevaricación y muerte; por esto la Iglesia, especialmente en el tiempo cuaresmal, recuerda la práctica de la limosna, es decir, la capacidad de compartir. La

idolatría de los bienes, en cambio, no sólo aleja del otro, sino que despoja al hombre, lo hace infeliz, lo engaña, lo defrauda sin realizar lo que promete, porque sitúa las cosas materiales en el lugar de Dios, única fuente de la vida. ¿Cómo comprender la bondad paterna de Dios si el corazón está lleno de uno mismo y de los propios proyectos, con los cuales nos hacemos ilusiones de que podemos asegurar el futuro? La tentación es pensar, como el rico de la parábola: «Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años... Pero Dios le dijo: “¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma”» (*Lc* 12, 19-20). La práctica de la limosna nos recuerda el primado de Dios y la atención hacia los demás, para redescubrir a nuestro Padre bueno y recibir su misericordia.

En todo el período cuaresmal, la Iglesia nos ofrece con particular abundancia la Palabra de Dios. Meditándola e interiorizándola para vivirla diariamente, aprendemos una forma preciosa e insustituible de oración, porque la escucha atenta de Dios, que sigue hablando a nuestro corazón, alimenta el camino de fe que iniciamos en el día del Bautismo. La oración nos permite también adquirir una nueva concepción del tiempo: de hecho, sin la perspectiva de la eternidad y de la trascendencia, simplemente marca nuestros pasos hacia un horizonte que no tiene futuro. En la oración, encontramos, en cambio, tiempo para Dios, para conocer que «sus palabras no pasarán» (cf. *Mc* 13, 31), para entrar en

la íntima comunión con él que «nadie podrá quitarnos» (cf. *Jn* 16, 22) y que nos abre a la esperanza que no falla, a la vida eterna.

En síntesis, el itinerario cuaresmal, en el cual se nos invita a contemplar el Misterio de la cruz, es «hacerme semejante a él en su muerte» (*Flp* 3, 10), para llevar a cabo una conversión profunda de nuestra vida: dejarnos transformar por la acción del Espíritu Santo, como san Pablo en el camino de Damasco; orientar con decisión nuestra existencia según la voluntad de Dios; liberarnos de nuestro egoísmo, superando el instinto de dominio sobre los demás y abriéndonos a la caridad de Cristo. El período cuaresmal es el momento favorable para reconocer nuestra debilidad, acoger, con una sincera revisión de vida, la Gracia renovadora del Sacramento de la Penitencia y caminar con decisión hacia Cristo.

Queridos hermanos y hermanas, mediante el encuentro personal con nuestro Redentor y mediante el ayuno, la limosna y la oración, el camino de conversión hacia la Pascua nos lleva a redescubrir nuestro Bautismo. Renovemos en esta Cuaresma la acogida de la Gracia que Dios nos dio en ese momento, para que ilumine y guíe todas nuestras acciones. Lo que el Sacramento significa y realiza estamos llamados a vivirlo cada día siguiendo a Cristo de modo cada vez más generoso y auténtico. Encomendamos nuestro itinerario a la Virgen María, que engendró al Verbo de Dios en la fe y en la carne, para sumergirnos como ella en la muerte y resurrección de su Hijo Jesús y obtener la vida eterna.

*Vaticano, 4 de noviembre de 2010*

BENEDICTUS PP. XVI



# CRÓNICA DIOCESANA

---



## CRÓNICA DIOCESANA

### FEBRERO

---

- Día 5: Fiesta de San Francisco Blanco, mártir orensano en el Japón, en su parroquia de origen Sta. María de Tameirón.
- Día 11: Ofrenda de la Hospitalidad de Lourdes a la imagen de la Virgen de Lourdes en el Asilo de Ancianos S. José.
- Día 12: Celebración de la jornada del Enfermo organizada por la Hospitalidad de Louredes, en el Seminario Mayor.
- Día 17: Oración por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento de la Plaza de las Mercedes de la ciudad.
- Días 21-27: Semana de la Familia, organizada por la Delegación de Pastoral Familiar, el tema de este años: “Abuelos y jóvenes, tan lejos tan cerca”. El viernes día 25 a las 20:15 horas, en el Salón Cultural de NOVACAIXAGALICIA, tuvo lugar la clausura, con una conferencia bajo el título “*Abuelos y jóvenes, dos vidas, un proyecto*”, impartida por D. Javier de la Torre Díaz, Director de la Cátedra de Bioética de la Universidad Pontificia de Comillas.







DIÓCESIS  
DE OURENSE

---